¿QUÉ PASA

SEMANARIO INDEPENDIENTE - DIRECTOR, JOAQUIN PEREZ MADRIGAL - AÑO X - N.º 498 - 14-VII-973

En Covadonga y en Cuenca

(CARTA AL DIRECTOR)

Por IJCIS

Señor Director:

Como Dios Nuestro Señor es tan bueno, quiso compensar el sacrificio de no poder asistir a la toma de posesión del obispado de Cuenca por don José Guerra Campos con la satisfacción de poder ofrecer por su pontificado la santa Misa en la misma Santa Cueva de Covadonga en compañía de algunos admiradores y amigos.

¡Con cuánto fervor y entusiasmo, con qué ilimitada confianza invocábamos la omnipotente intercesión de la Santina para esta nueva y tan difícil y heroica *reconquista* española! ¿Y quién la realizará con más éxito que el que es y será siempre, aunque lo sea especialmente de Cuenca, el «Obispo de España»?

Por eso le decíamos en nuestro telegrama: «Desde Covadonga unímonos gozosos pidiendo *Guerra* espiritual reconquista *Campos* España.»

Ya lo viene haciendo en la exposición clara, serena, segura de LA Fe de Iglesia, como obispo, en *El octavo día*, con ese magisterio firme y auténtico a que tan desacostumbrados nos tienen nuestros pastores. Lo había hecho ejemplarmente con su actuación señera en la Conjunta; con su célebre telegrama —prodigio de valentía y equilibrio, de caridad y justicia, con indudable proyección histórica— a los sitiados de Zaragoza. Y que lo seguirá haciendo con sin par altura lo confirma su homilía augural de Cuenca.

Repone las cosas en su punto, disipa un ambiente de confusión y aun larvada calumnia, restablece la justicia al exponer a la faz de España con toda su autoridad única la razón potísima del desbarajuste doctrinal, que nosotros tantas veces, sin su autoridad, apuntáramos.

Muchos asuntos quisiéramos notar que habremos de pasar por alto, como el emocionado recuerdo a los obispos y sacerdotes que después de la Cruzada tomaron en sus manos el cuerpo doliente de la Iglesia en España y alentados por el Papa trabajaron con austeridad y pobreza no cacareadas, *hablando de Jesús y la Virgen y no de sí mismos*...

¿Me permite, señor Director, que subraye algunos puntos?

a) La genuina libertad evangélica y la auténtica misión y autoridad del obispo en su Diócesis, tan oscurecidas hoy por mil bastardas, parásitas, espúreas, artificiosas *estructuras*, que se pretende (al menos en la práctica) sobreponer, hasta anular, a la *estructura = Jerarquía* de Jesucristo.

Sin hacer caso de los grupos de presión extraños, y «de acuerdo con las graves advertencias que nos ha dirigido la Santa Sede, no aceptaremos como directrices autorizadas textos que sean ambiguos en lo que es necesario según la norma de la fe, o unilaterales y dogmáticos en lo que es libre. Y esto de cualquier organismo que provengan». Delicada alusión a la Conjunta y a documentos posteriores que ni deben ni pueden maniatar al obispo.

b) Su testimonio de privilegiada excepción acerca de la *solicitud apostólica* de las autoridades civiles y de la *actitud ejemplar* del Jefe del Estado en la cooperación con la Iglesia.

Se desvanece así esa especie falsa y aun insinuación calumniosa contraria que parecía desprenderse de tantos inmaduros documentos y declaraciones inconsultas en todos los ámbitos y a todos los niveles eclesiales.

El agradecimiento asimismo, tan escatimado o negado por *los otros*, a los medios de comunicación estatales, que no han querido ser altavoces de palabras arbitrarias, sino de la voz del Vicario de Cristo.

¿No se ha combatido y despreciado todo esto con suicida injusticia?

c) En hiriente contraste hay que resaltar que la delicadeza y extremada sobriedad del Estado en las connaturales sugerencias a la Jerarquía en las cuestiones mixtas era ampliamente (y tristemente) compensada «con las presiones obsesivas de ciertos grupos clericales y laicales».

¿No son los que irrumpen con fatigadora insistencia en ciertas declaraciones y documentos?

Pero hay otro más rudo contraste que, como ahora el obispo de Cuenca, tantas veces hemos señalado en ¿QUE PASA?

Es el de las voces insanas «como las que a veces, desde medios de expresión enquistados en las entrañas de la Iglesia desgarran a la Madre, atacando la fe, la moral y la disciplina católica, o quemándolas ante el ídolo de la confusión».

Esto es gravísimo. Pero esto es verdad como el Evangelio. Pero esto se ha denunciado aquí y en otras partes con frecuencia. Pero de esto se han reído prácticamente nuestros obispos. Pero, todavía peor, esto se achacaba con no sé qué hipócrito maquiavelismo a no sé quiénes, cuando eran y son SUS propios medios los reos del horrendo crimen contra la fe.

Ahora mismo «Iglesia Viva», *enquistada en las entrañas de la Iglesia*, resume así su juicio del libro nefando y herético «Yo creo en la esperanza»:

«Honra al hombre que lo ha escrito porque se advierte en él que su corazón —hay que acabar franciscanamente como él— está lleno de fe. La Iglesia española y la Compañía pueden honrarse con hombres así.» (En febr. 1973.)

Por eso era necesario que, por una vez al menos, públicamente un obispo, el enterado de todo como el que más, restableciera la verdad y practicara la tan invocada como conculcada justicia... Y puedan los futuros historiadores verificar que no todo era cobardía, y complicidad, y malabarismo y traición en la *década infame*.

d) Dejemos por brevedad las sabias precisiones a propósito de *eso que llaman* «denuncia profética»; sobre la ayuda a los necesitados que no dan prestigio; sobre el nerviosismo a la caza del prestigio de la opinión.

Vengamos al debido acatamiento a la autoridad civil, que tanto se viene ignorando contra el magisterio apostólico y el ejemplo del Maestro, quien antes de perfeccionar las leyes como debían ser quiso sujetarse a ellas como eran.

Vengamos a la aceptación de aquella proposición sobre la saludable presencia de Jesucristo en la sociedad.

Más de la mitad de nuestros obispos y de los presbíteros de la Conjunta la rechazaron con escándalo del Pueblo de Dios, que veía consternado cómo tantos pastores suprimían encíclicas enteras y tachaban páginas profundas y bellísimas de la Liturgia más reciente.

«No incurriré, si Dios quiere —concluye el Obispo de España— en el error y en la injuria de pretender alejaros del altar de Cristo, Señor de todos los que gobiernan. No consideraré enojoso lo que es digno y justo.»

Agradezcamos al cielo, señor Director, que al fin aparezca de tan evidente forma indirectamente afianzada la orientación de ¿QUE PASA? por el pensamiento y la línea de acción pastoral de quien tiene hoy la más alta autoridad *moral* en nuestro pueblo.

Pidamos al Corazón de Jesús por intercesión de la Señora que se afiance y extienda y culmine *la Reconquista de España.*

Suyo afectísimo.

Villaviciosa (Asturias), 27 de junio de 1973.

15 PTAS.

ANTE UN INSINUADO HOMENAJE NACIONAL

Velamos el honor intachable de un prelado español

Por Gonzalo VIDAL, Pbro.

Cuando por malicia infundada se consiguió marginar totalmente a monseñor Guerra Campos de todos sus puestos en el último pleno del Episcopado español hasta quedar incluso sin voz ni voto en las deliberaciones de la asamblea por razones que ya todos conocemos, el progresismo virulento español, su enemigo, creyó llegado el momento del ataque a fondo contra la personalidad del insigne prelado, intentando hacer tambalear con calumnia y mentira su honor y su indiscutible prestigio, llegando hasta, entre otras, la mentira de que la Santa Sede le culminó con un MONITUM (reprensión, censura, apercibimiento, etc.) por su telegrama PAULINO a las dos mil sacerdotes de la Hermandad Española reunidos en Zaragoza el pasado septiembre.

Mentira descarada, sí. Y es que entre las bajezas, los escándalos de esta época progresista es digno de notarse el extraordinario desarrollo que en nuestros días ha tomado la mentira. Mentir es una de las indignidades mayores que pueden cometer los hombres, y no solamente entre cristianos y con arreglo a la ley de Dios, sino entre mundanos y con arreglo al llamado código del honor, la palabra «embustero» es de las que más afrentan y ofenden.

Y, sin embargo, la época progresista actual es por excelencia la época de las embusterías y de los embusteros. Los cristianos llaman al diablo el *padre de la mentira*, y como a la vez es padre de las sectas y de los «contestatarios», no es maravilla que las sectas y los contestatarios amen la mentira con amor de hermanos. Por eso se ayudan mutuamente con tal cariño, las sectas a la mentira y la mentira a las sectas (léase progresismo). Y es que los «contestatarios» han estudiado la mentira y han visto que es buena para sus fines, que es un arma preciosa para la desarticulada renovación. Y sin escrúpulo obedecen a la tentación de mentir.

Nuestro gran poeta Alarcón escribió acerca de la mentira versos más hermosos que verdaderos. En sentir de aquel insigne autor dramático del gran siglo literario: «*Todos los vicios al fin, — o dan gusto o dan provecho; — mas de mentir ¿qué se saca, — sino afrenta y menosprecio?*»

Afrenta y menosprecio salen, efectivamente, de la mentira, pero salen provechos también y no pequeños. Con mentiras se consiguen encumbramientos indebidos, se ganan fortunas y se publican revistas y periódicos solapadamente subversivos. El oficio de embustero es uno de los más lucrativos de estos tiempos. Y miente el charlista en la rectoral para un lavado de cerebro; miente el del ambón para desvirtuar la verdad evangélica de dos mil años; mienten muchos por conseguir presidencias y direcciones; miente el publicista traicionando su formación y profesión; miente el historiador sectario por hacer odiosos a los personajes que representan ideas contrarias a las suyas, y, sobre todo, mienten hasta lo indecible los periodistas de la falaz renovación para adular las bajas pasiones de sus protectores.

● ¡Tenía que ser así! Sin las mentiras, ni el progresismo habría prosperado ni se sostendría. Todo él es una mentira colosal en sus doctrinas, en sus procedimientos y en sus fines. Su fuente, la soberanía de unos pocos mal avenidos, es una mentira; su sistema, el juego democrático de unos votos, otra mentira, y mentira la genuina representación del pueblo de Dios, y estando la mentira en lo alto, los de abajo han aprendido la lección y han tomado el ejemplo y se han dedicado con ardor a la explotación de la mentira. Así se explica la reciente hostilidad de cierto clero joven valenciano contra monseñor Guerra Campos.

Y es que así como en todas las clases sociales hubo explotadores y embusteros, en estos tiempos los tenemos incustrados en ciertas curias y sacristías. El historiador que vio al teólogo falsificar los cánones evangélicos se ha dicho:

¿Por qué no he de falsificar yo la historia? ¿Por qué no he de infamar la memoria de aquellos grandes prelados que en 1937, cuando la Cruzada, firmaron LA CARTA COLECTIVA DEL EPISCOPADO ESPAÑOL? Y profana la memoria de aquellos grandes hombres con lo de la petición de perdón al enemigo de la Iglesia de España de 1936.

Pero donde la falsificación ha llegado a su último límite, a su refinamiento más perfecto, es en la prensa progresista. Allí el interés, la pasión y el negocio se juntan para mentir y para inventar maneras de mentir con más éxito y más infamia.

Quizá obedezcan a cierta tradición del oficio. Tiene dicha prensa por antecesora y patriarca a la pretérita *Gaceta* y las mentiras en la *Gaceta* llegaron a hacerse un proverbio en el pueblo: *Mientes más que La Gaceta*, decían para expresar el colmo del mentir. Y es que *La Gaceta* era hija de la diplomacia, era una diplomacia interior para uso del pueblo, y un arte de fascinarle y engañarle. Pero de entonces acá el arte ha progresado maravillosamente. Y a medida que el arte de engañar progresaba, achicábanse y degeneraban sus fines. Se ha mentido en la prensa por hacer una revolución, por matar un régimen, por levantar otro nuevo, por llevar gente a morir en las trincheras y por sacar soldados de los cuarteles para batirse en el campo o en las calles por una causa injusta. En semejantes mentiras había algo de grandeza diabólica, algo épico, pero ahora las mentiras se dan ya más baratas y obedecen a maravillosos fines. ¡Ahora hay periódicos y revistas que tienen exclusivamente destinados redactores a calumniar y a mentir: caso «Monitum» a monseñor Guerra Campos.

Pero en este caso la maledicencia, como era de justicia, ha fracasado, no ha podido hundir a su difamado, si no lo contrario; lo ha levantado hasta convertirlo en insigne figura nacional.

De corazón me adhiero, y conmigo considerables sacerdotes y fieles, cuyos nombres y dirección se remiten, al homenaje de simpatía al «obispo de España» que ha lanzado la sin par revista *Iglesia-Mundo*.

UNA COLABORACION MAS EFICAZ

Por LIBERIO

La práctica de las obras de misericordia, en lo que respecta a la ayuda al prójimo en sus necesidades, puede revestir diversas formas. Si importante es la atención a las necesidades materiales, no le va en zaga la ayuda a las necesidades espirituales, aspecto éste que, con una bien organizada propaganda, ha mentalizado no hace muchas semanas a gran parte de nuestra sociedad, solicitando su colaboración para los llamados «Teléfonos de la Esperanza».

Pero creemos que otra ayuda tal vez más eficaz podrían prestar algunos de los órganos de opinión pública que han colaborado a esa reciente campaña, si la extendieran a la prevención de los males, para que no fuera necesaria su curación posterior.

No se ha ocultado que algunos de los problemas que tratan de paliarse mediante el moderno sistema del contacto telefónico están influidos por la publicidad erótica, sobre todo del mundo del espectáculo, que tiene que buscar ya platos más fuertes, incluso de aberraciones sexuales.

Resultan entonces desconcertantes las actuaciones contradictorias en este aspecto de entidades y particulares católicos. Así vemos, por un lado, cómo hay prensa que se proclama confesional, de criterios muy rigurosos para enjuiciar como droga la televisión estatal, o para defender denuncias más o menos «proféticas» sobre injusticias sociales, y, por supuesto, dispuesta a ayudar a toda campaña en favor de necesitados. Mientras que, de otra parte —¡ay, el poder del dinero!—, sus páginas están abiertas al anuncio de todo tipo de espectáculos que se exhiben en nuestras pantallas y escenarios, tranquilizando sus conciencias con el rinconcito de la calificación moral de esos programas, a los que está sirviendo de vehículo de propaganda. Como también los muchos católicos a los que oímos muy «escandalizados» censurar a qué extremos está llegando la inmoralidad de tales espectáculos, pero que no se privan de dar su dinero para sostenerlos.

Ya en los ambientes más sanos, como el de la familia, gana adeptos la teoría que abre el camino a la licencia disfrazada de libertad, el conocimiento del mal mediante la experiencia personal e incluso las aberraciones del instinto, bajo el nombre de «liberación de escrúpulos convencionales».

Es posible que muchos católicos estemos colaborando, por egoísmo o respetos humanos, a crear ciertos problemas y necesidades, para permitirnos el lujo de socorrerlas después. Necesidades de las que luego precisan un incremento en el inevitable número de llamadas a los «Teléfonos de la Esperanza».

¿QUE PASA?

SEMANARIO INDEPENDIENTE

(Depósito legal: M. 7-1964)

DIRECCION Y REDACCION:

Lagasca, 121. — MADRID-6. — Teléfono 261 37 97.

ADMINISTRACION: Dr. Cortezo, 1. MADRID-12. — Teléfono 230 39 00.

Empresa editora («Revista ¿QUE PASA?»), REQUEPA. Lagasca, 121. MADRID-6. Teléfono 261 37 97.

Imprime: Sáez. — Hierbabuena, 1.— MADRID-20.

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIONES PARA ESPAÑA

Número suelto	15 ptas.
Suscripciones:	
Semestre	350 ptas.
Anual	650 »

PARA EL EXTRANJERO

Hispanoamérica, Portugal y Marruecos, suscripción anual	700 »
Países de Europa, suscripción anual	900 »
Resto del mundo, suscripción anual	1.000 »

Por si sirve de algo

Martínez Barrio forma Gobierno con la venia de Lerroux

Por Joaquín PEREZ MADRIGAL

Si han leído ustedes detenidamente la Instrucción que publiqué en el número anterior y se consideran, como católicos fieles, integrados en el Cuerpo Místico de Cristo, habrán concluido por comprender, aterrados, que la masonería es la obra, es el camino de Satanás.

Pues bien ¿iba la masonería a consentir, en octubre de 1933, que las derechas católicas españolas —*Dios, Papa, Patria, Propiedad, Ejército, Iglesia, Clero*—, con el viejo Lerroux como introductor, se apoderasen de la República, la nacionalizasen y evangélicamente la reconstituyesen y consolidasen en régimen de justicia y libertad, *que le diese a Dios lo que es de Dios y al César los que es del César*?

La masonería no podía consentirlo. A don Alejandro Lerroux había que aniquilarle, dejar a las derechas católicas a la intemperie, sin tiendas republicanas que les diesen cuartel. Pero ¿se resignaría Lerroux a su propio *asesinato* en burla y fraude de la democracia? Este era el escollo que la masonería tendría que salvar. ¿Cómo? Martínez Barrio —Soberano Gran Inspector General—, Manuel Azaña —Caballero Rosa Cruz— y Marcelino Domingo —Caballero de Oriente y Occidente—, organizaron un «ritual» asalto al dormitorio de don Alejandro Lerroux para que éste otorgase a su «lugarteniente», dentro del partido radical, autorización para formar el Gobierno que a la orden le conviniese.

Don Alejandro Lerroux, pasado el tiempo, describiría el asalto como sigue:

«Aquella noche me acosté a las once. Poco después me llamaban al teléfono, que tintineó a la cabecera de mi cama. Dejé el libro que estaba leyendo por enésima vez, El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, *y escuché. Me decían desde el Congreso que necesitaban verme. Era Martínez Barrio. Solicitaba una entrevista con urgencia y permiso para acudir a ella acompañado.*

Advirtiéndole que estaba en la cama, como insistiese en la urgente necesidad de celebrar la entrevista, le autoricé para ello y esperé.

A bastante más de las doce subió un familiar anunciándome la visita de Martínez Barrio con sus acompañantes, cuya presencia le había producido el asombro que reflejaba en sus ojos.

En mi modesto cuarto de dormir se podía recibir a la gente. Una cama sencilla, dos mesas de noche con los teléfonos y los libros. Un bloc y un lapiz para notas .Un armario. Un radiador y sobre su repisa un busto y unos retratos. Una butaca de reposar y otras dos auxiliares..

En la más próxima se sentó Azaña; en la más lejana, Marcelino Domingo. De pie, a los de la cama, Martínez Barrio.

Saludos corteses. Hipos y sonrisas de Domingo, embarazo y palidez de Azaña, dos palabras de Diego.

Reposadamente, pero no sin emoción, me apresuré a despejar el ambiente, y dirigiéndome a Azaña le dije:

—Le agradezco a usted que haya querido venir a verme, tanto más cuanto que yo en su caso no me hubiera impuesto semejante sacrificio.

La respuesta valió menos que hubiera valido el silencio o una sencilla inclinación de cabeza.

—Pues ya ve usted —me dijo.

Y se me quedó mirando. Aquellas gafas de color de pus me han sido siempre profundamente antipáticas.

Intervino Martínez Barrio y se explicó. Su excelencia se había dignado ofrecerle a él, a Martínez Barrio, el encargo de formar Gobierno. Se había reservado la contestación hasta consultarme; pero, por lo visto, antes que a mi consultó o, por lo menos, comunicó la noticia a otros.

A los socialistas no les parecía mal. A los republicanos ajenos al partido radical les había parecido muy bien.

—Y a usted —le pregunté yo a Diego, mirándole como miro siempre a la cara—, ¿qué le ha parecido?

La contestación se produjo silabeante en su primera mitad, clara y rotunda en la segunda.

—Yo me inclino a rechazar el honor, pero haré lo que usted me mande.

Entonces hablaron los dos acompañantes y apoyaron la solución que me traían. No faltaron las apelaciones a la gravedad del momento ni las invocaciones a mi patriotismo y a mi espíritu republicano.

Yo oía, callaba, pensaba y sentía... Le dije a Martínez Barrio que podía aceptar, que debía aceptar...

En aquel pequeño drama había un protagonista que bajaba y otro que subía... Lo triste y amargo ha sido que ese sacrificio me lo arrancase taimadamente una intriga y que haya sido el origen de tantas desgracias y tantos desastres.»

YO OIA, CALLABA, PENSABA Y SENTIA...

El pasado masónico de Lerroux, la presencia, a los pies de su cama, conminándole, de aquel «triángulo», le inclinaron a no resistir. Don Alejandro, sin duda, no podía resistir a la maniobra, ni siquiera podría explicar por qué no resistía.

En suma, la masonería universal había formado Gobierno en el momento decisivo de la historia de la República. El presidente, don Niceto Alcalá Zamora, «reo de su culpa», desviaba la República, que había podido constituir en la línea tradicional del catolicismo, hacia las tinieblas del Anticristo. En el pecado llevaría la penitencia.

El Gobierno, pues, que disolvería las Cortes Constituyentes y presidiría las elecciones del nuevo Parlamento, era el siguiente:

«Presidencia, Martínez Barrio; Estado, Sánchez Albornoz (azañista); Justicia, Botella Asensi (radical-socialista); Gobernación, Rico Avello (independiente); Hacienda, Lara (radical); Guerra, Iranzo (independiente); Marina, Pita Romero (nicetista); Instrucción Pública, Domingo Barnés (radical-socialista); Trabajo, Pi y Suñer (Esquerra catalana); Agricultura, Cirilo del Río (nicetista); Obras Públicas, Guerra del Río (radical); Industria, Gordon Ordás (radical-socialista).»

La masonería contaba con el presidente, Martínez Barrio, y seis ministros, seguros, y no sé cuántos probables. El presidente de la República contaba con dos (Pita Romero y Cirilo del Río); la Esquerra catalana, con uno; los radicales-socialistas, con dos; Acción Republicana, de Azaña, con uno; los radicales ortodoxos, los de la fidelidad al jefe, con ninguno. Es decir, en aquel Gobierno, llamado a canalizar la voluntad del país, en unas nuevas elecciones, los partidos de orden, los de la nacionalización y el respeto a la conciencia del país, estaban ausentes.

Bien. Las Cortes Constituyentes habían desaparecido. ¿Y qué?

EL TREN DE LA VIDA

¡Suban, señores, suban!

Por A. TIZA

¡Suban, señores, al tren! Todo está a punto para facilitarles un feliz viaje. Nada teman; la NUEVA IGLESIA al servicio del PROGRESISMO lo ha previsto todo. Ustedes harán el viaje de la vida estupenda, confortablemente. Nada les faltará; en el viaje estarán abastecidos de todo lo necesario para el cuerpo: alimento, abrigo y cobijo; el estómago y el resto del hombre estarán debidamente atendidos. Por lo demás, una IGUALDAD general será establecida en el tren; si no ha sido posible una MEJOR DISTRIBUCION DE LAS RIQUEZAS, lo ha sido de la pobreza; esto quiere significar que realmente en la DISTRIBUCION han salido perdiendo todos algo; pero los más pobres —que son los que más han perdido— tienen la enorme satisfacción de saber que han *perdido todos*, o sea, que al fin TODOS SON IGUALES, todos POBRES; esto obliga a ser felices, a poseer la felicidad... No; no pregunten por las estaciones, y mucho menos por la DEFINITIVA, porque esto no ha sido tratado ni está previsto por las Entidades organizadoras del viaje... No, no, tampoco se ha tratado de los problemas que en el tren pueden presentarse... S, ya, ya; separaciones, enfermedades, muerte de seres queridos... ¿Pero no basta saber que todos SON IGUALES y que las necesidades de todos están satisfechas? ¿Qué? Pero ¿se pretende que tengamos también respuestas para los interrogantes esos, esos interrogantes de orden metafísico y espiritual? Nosotros sólo nos ocupamos de las necesidades de TODO EL HOMBRE; pero del TODO material, físico, corporal, ANIMAL, en una palabra; atendido esto, imponemos la obligación de ser felices; así lo hemos prometido; que íbamos a HACER UN MUNDO MEJOR, un MUNDO JUSTO, LIBRE, FELIZ, y lo hemos hecho. En nuestro tren hay la OBLIGACION DE SENTIRSE FELIZ. ¿Conflictos de índole afectiva..., desengaños, desilusiones, desesperanzas, angustia, miedo, sentimientos anímicos? No; no nos ocupamos de eso. Abastecidos de *todo, TODOS*, nosotros hemos cumplido nuestra misión. ¡Ah! Bueno, sí; lo del final del viaje. Eso..., eso no lo hemos incluido en este feliz viaje... Sí, sí, desde luego: por ORDEN SUPERIOR a cada viajero se le hace descender en una determinada estación del proyecto, LA SUYA, y AHI SE LE DEJA SOLO, absoluta y totalmente SOLO... No, no sabemos, no podemos responder de lo que ocurre en esas estaciones a cada uno de los viajeros; PARA ESO NO LOS HEMOS PREPARADO; pero no negarán ustedes que, en el trayecto, aquellos viajeros ABANDONADOS DEFINITIVAMENTE PARA SIEMPRE EN LA ESTACION DE TERMINO DE CADA UNO DE ELLOS... en el viaje que los ha conducido a aquel inquietante fin, HAN SIDO FELICES...

¡Suban, señores, al tren de la vida! Todo está a punto para facilitarles un viaje feliz. En el tren conducido por el progresismo en el viaje cuyo guía y motor es la NUEVA IGLESIA todo está previsto menos el destino eterno de los viajeros. ¡Suban, señores, suban al tren de la vida sin preguntar a dónde los va a conducir!

Desde Tarragona

IMPRESIONES DE MI VIAJE POR EUROPA

Por AURELIO ROCA

El escándalo persiste, la herejía predomina, el cisma —más o menos encubierto— es una triste realidad. Toda la doctrina católica, todas sus formas de difusión, están manipuladas por la conjura triunfante en los mismos comienzos del Vaticano II. Su desviación y posterior subversión ha sido puesta en práctica por una «renovada» teología; con sus múltiples «escuelas» nos pone al descubierto los fines que se ha propuesto: con pretexto de una *evolución permanente* atenta a los «signos de los tiempos», implantar dentro de la Iglesia una revolución.

Seis aspectos de esta «búsqueda teológica» han llamado poderosamente mi atención y merecen ser desenmascarados.

1. Con el predominio de la praxis sobre la doctrina, incluso en los aspectos concernientes a la Revelación, se destruye la realidad de una revelación objetiva y definitiva que alcanza incluso a la interpretación de la Sagrada Biblia. Y a partir de ahí, nace y es brutalmente impuesta la «reinterpretación del mensaje evangélico, de conformidad con la mentalidad del hombre de nuestro tiempo» para la «construcción del mundo» y la «liberación del hombre» con su natural desemboque a la revolución violenta.

II. «Reconsideración» de la noción, del concepto, de la idea natural, de la realidad de Dios. Se introduce en la Iglesia, en dosis bien graduadas, una corriente encubiertamente atea presentada como «secularización», «desacralización», «desclericalización». La «teología radical de la muerte de Dios», provinente de Norteamérica, ha sido transformada en Europa en una expeditiva y comunistizante «ateización». A esta idea responde la muy distribuida obra de Altizer «L'Evangile de l'atheisme chretien», en la que su autor intenta destruir toda la teología católica, dejando sin consistencia —con su planteamiento— a la totalidad de las estructuras eclesiásticas preconciliares, de la que hace nacer de sus ruinas una conciencia «mundana» que impone al hombre que trabaje y oriente su conciencia en la edificación del mundo. Esta constante edificación y perfección es lo que constituye para el progresismo que hemos analizado el sentido de la «salvación», que resulta así solamente mundana-humana. Esta es la «secularización». Este es el origen del planteamiento de la idea de Dios inmanente al mundo, sólo presente en el mundo y para el mundo. Con este gravísimo error se le niega a Dios toda trascendencia, quedando así reducida la vida «cristiana» a lo estrictamente temporal, para acabar con un total desconocimiento del auténtico sentido de la existencia de Dios. Al presentarse erróneamente el servicio a Dios como un servicio a la acción temporal, quedan marginadas primero y olvidadas después la doctrina, la oración, la vida interior, la liturgia, el significado exacto de los sacramentos, etc.

III. La «nueva teología» del progresismo «reconsidera» —utilizando lo más posible las formas de expresión tradicionales— la noción de la persona de Jesucristo y la institución por El fundada, la Iglesia.

Si bien es verdad que la divinidad de Cristo suele ser casi siempre afirmada, esta afirmación es interpretada como la «trascendencia inmanente al (o del) mundo», o sea únicamente el *sentido* y el *fondo* de un ser puramente intra-mundano. Presentándolo así se le hace perder a Cristo toda trascendencia real. Y a base de presentarlo constantemente como solamente hombre cuando se le cita como Dios, se pretende que así revela la divinidad del hombre. ¡La máxima expresión del hominismo!: la parodia del Evangelio presentando el «Dios es Amor», así citado en las Sagradas Escrituras, como tratándose del «amor de la comunidad humana».

Con esas manipulaciones «teológicas», Cristo es presentado como un «liberador», pero no en el sentido espiritual de la frase, sino en sentido político, temporal (¡cuando el mismo Cristo nos afirmó no ser su reino de este mundo!). ¡Incluso enseñan y afirman que Cristo es Dios por «emergencia», no como segunda persona de la Santísima Trinidad, sino como surgido del mundo! Ello constituye un auténtico monismo: y nos aclara, además, por qué ya no se pronuncia en ciertas traducciones litúrgicas las frases «Verbo Encarnado» ni «consustancial».

IV. Esta cristología progresista —una de tantas de las múltiples «escuelas» del reformismo posconciliar Vaticano II— ha fundado —o hecho reaparecer— una *eclesiología* orientada por completo en la «acción temporal». Así la teología es convertida en una antropología sociológica, arrastrando así una grave desviación cuyos cuatro aspectos más relevantes son: *la Iglesia y sus estructuras, la Iglesia en sus relaciones con las demás religiones, la Iglesia y sus relaciones con el mundo, la Iglesia y la acción política.*

Y así imponer a toda costa la colegialidad absoluta, la democracia en el gobierno de la Iglesia, consiguiente inmersión en el mundo, hasta la revolución, limitando la salvación a los límites de este mundo, todo lo cual constituye pura y simplemente una negación del Evangelio.

Así nos situamos en pleno horizontalismo, inmanentismo, la autoridad procedente de la base y no directamente de Dios, la gracia y los carismas surgen de la psique, para un servicio solamente terrestre.

V. *Sacramentos.*—Como consecuencia de todo cuanto ha sido descrito son «reinterpretados» el bautismo y el matrimonio. Pero son, sobre todo, la eucaristía y el sacerdocio los más discutidos. Se reivindica la intercomunión y la intercelebración con los protestantes. Concretamente, es la cuestión de la *misa*. La reciente reforma (el «Novus Ordo Misae» elaborado con la colaboración de seis pastores protestantes) ha sido hecha en una «perspectiva ecuménica» que sólo ha tenido en cuenta a los protestantes. La nueva misa impuesta por Pablo VI, ya directamente, ya a través de los Episcopados nacionales, nos aleja a los católicos de los ortodoxos. Para muchísimos católicos —y aún para los ortodoxos— se pretende marginar el valor de sacrificio propiciatorio de la misa, así como también la distinción entre el sacerdocio sacramental y el sacerdocio común de los fieles; se nos desliza hacia un ágape puramente simbólico de la fraternidad humana.

VI. *Escatología.*—La «nueva teología» limita el destino humano al horizonte terrestre (ver el catecismo holandés, la moción 8 del Congreso de Concilium celebrado en Bruselas y buena parte de las publicaciones sometidas a las cajas de resonancia del progresismo circunstancialmente dominante). La muerte, el juicio, el infierno o la gloria celestial, o sea las postrimerías del hombre, han dejado de tener interés como si fuesen superaciones del infantilismo que el «espíritu del Concilio» ha «superado» y «reconsiderado». Es la culminación del inmanentismo total: una sintetización muy escueta: el hombre socializado en un mundo unificado por él, por su trabajo, dueño absoluto de su destino.

En la teología —es un decir— progresista, la «misión terrestre» de la Iglesia halla su origen en la «teología de la encarnación» —así llamada por los iniciados hace ya veinte años— o la «teología de la historia», la de las «realidades terrestres», del «humanismo integral» de Maritain. Debidamente «actualizados» desembocan en el conciliarismo de reforma permanente, en el colegialismo total, en el democratismo estructural, en la subversión litúrgica —compárese los decretos del Concilio Vaticano II con la situación actual del latín y de la liturgia— en el «Novus Ordo Misae», que tanto gusta a los protestantes y disgusta a la mayoría de los católicos y a los ortodoxos, y por último, en el actual «ecumenismo» —radicalmente distinto del señalado en las normas de Pío XII— convertido en un espantoso sincretismo mundialista, reducido a un sentimiento vagamente religioso de la construcción del mundo.

● Al considerarse al hombre con una profunda inclinación religiosa incapaz de conformarse con un ateísmo, se le proporciona —al intentar ocultarle al verdadero Dios— unos ídolos, llevándole de la mano hacia una religión del mundo, del hombre. Ya tiene su «fe», su «esperanza», su «adoración»; Concilium, los nuevos teólogos, la amplia cadena mundial de publicaciones progresistas y afines, ya se ocupan de absorber a las Iglesias.

Sabemos con toda certeza, por la fe, que estos propósitos impíos están condenados al fracaso. Para Dios el tiempo no cuenta. La multiplicación de pequeños grupos autónomos, sectas diversas que aparecen y seguirán apareciendo, y la reagrupación constructiva de los que no han claudicado, desembocarán —para el progresismo— en una Babel destructora.

Mientras tanto, el combate católico contrarrevolucionario ha de mantener las mentes de los inclaudicables despiertas y ágiles. Debe tenerse conocimiento exacto de las dimensiones apocalípticas —la actual situación es obra del Anticristo— del momento presente y del futuro y sobre todo de su evolución: la revolución cultural (ruptura con todo el pasado) y la inversión de los valores cristianos; especialísimamente la salvación, que para el progresismo en vez de ser don gratuito de Dios al hombre pecador arrepentido y purificado, la «nueva teología» progresista la presenta como una conquista del hombre por la lucha revolucionaria, que dicen le libera, pero en realidad le encierra en el mundo, bajo el poder de su Príncipe. Sólo así, comprendiendo el verdadero alcance del combate, podrá liberarse a la Iglesia y a la sociedad del peligro aniquilador que la acosa.

Movilización contra el obispo de Cuenca

MADRID. (CIO.)—A los dos días de haber tomado posesión de su diócesis el obispo de Cuenca, don José Guerra Campos, varios grupos contestatarios se han reunido en distintas capitales españolas para tratar de impugnar y desprestigiar el magnífico discurso que pronunciara el nuevo obispo. Ante la envergadura de la empresa, los contestatarios están tratando de involucrar en su campaña a varios obispos de los más adictos a la Asamblea Conjunta.

Al parecer, la campaña tendrá una doble dirección. La primera, ya comenzada, es la del sarcasmo e incluso la calumnia. No parece inverosímil este procedimiento, puesto que son conocidos los medios de difusión que lo han utilizado en otras ocasiones y han empezado a hacer uso discreto de él a los dos días del acontecimiento. La segunda dirección del ataque a monseñor Guerra es de apariencia teológica y se centra en la repulsa de la tesis afirmativa de la confesionalidad del Estado. En las palabras pronunciadas en dos provincias por los contestatarios se ha podido ver la falta de consistencia teológica de los argumentos que han sido señalados como fundamentales para la campaña.

OJEADAS

Por EL VIGIA

Las declaraciones, de carácter personal, que han brotado de la boca, siempre tan comedida y prometedora, de nuestro embajador en la C. E. E., señor Ullastres, a propósito de lo que «la novena rectora del comercio continental» se ha dignado ofrecerle a España, nos han obligado, como hombres del 18 de julio, a replegarnos a nuestras viejas tiendas de campaña. Y acogidos a ellas, ponernos a reflexionar, acabada la guerra hace cerca de siete lustros, respecto de la política. De la política que hemos hecho los españoles a lo largo de estos últimos treinta y cuatro años de paz, y de la política que tendremos que continuar haciendo, si nos dejan. ¡Si nos dejan! Mete miedo pensar que la guerra no es otra cosa que la continuidad, por las armas, de la política que a las almas sólo no les dejan hacer.

Pero reflexionemos que a eso nos han impulsado las declaraciones del embajador señor Ullastres.

¡Tratado de Roma! ¡Mercado Común! ¡Confederación de Democracias! Todo eso es política. Política de la buena. Pero ¿qué es esa política?

La política, según unos, es ciencia; según otros, es arte. Nosotros creemos que la política es una compleja suma de «ciencias» y de «artes» conducentes, en muchas ocasiones, a que las artes y las ciencias se echen a llorar de los malos tratamientos que la política inflige al Saber, al Hacer, a la Etica y a la Estética.

En efecto, si la ciencia es el «conocimiento cierto de las cosas por sus principios y causas», la política no es ciencia, pues la política —hablo de la hecha por el universo mundo contra España—; la política esa se lanza a las cosas casi siempre vulnerando, ignorando o falsificando los principios y las causas que las rigen. Y si el arte es «el conjunto de preceptos y reglas para hacer bien una cosa», la política, en general, tampoco es arte, porque ¡hay que ver cómo se hacen las cosas en política!

No negamos que haya habido genios y héroes que, llamados a estructurar la vida social de los pueblos y aun de los Continentes, acertasen a realizar sus concepciones políticas por tan certero modo que la Humanidad entera les deba etapas de progreso y bienestar. Lo que negamos es que la política, tal y como la han puesto los enemigos naturales del genio y del héroe —los enanos de la voz y del voto— sea ciencia ni sea arte. Los españoles tenemos el derecho de afirmar que la política internacional de hoy no es ciencia ni es arte: es una burda artesanía de enanos, y así le luce el pelo a la Humanidad civilizada y libre.

Contemplemos esa política de operarios eventuales, refiriéndonos, claro está, al caso de España.

España, por lo que ustedes quieran, a lo largo de sus treinta y cuatro años de reconquista nacional y de reconstrucción, fue objeto y todavía viene siendo objeto en grandes, medianos y pequeños sanhedrines internacionales, de imputaciones, debates y querellas... Primeramente, le negaron a España el derecho de ser, de vivir, de luchar por sobrevivir. Y a una, propulsaban todas las naciones civilizadas y libres su aplastamiento... Pasaron los años y los conjurados cedieron unos puntos en su furor. Algunos hasta ofreciéronse amigos y pactaron relaciones de utilidad recíproca. Otros, despreciando a España, transigieron con su Régimen, pero prestos en todo instante o coyuntura, a patentizar que le aborrecen y desprecian. Los hay también, gracias a Dios, que, asomándose a España y contemplándola e investigándola sin prejuicios sectarios e indecentes, no encontraron motivos para darle a España aquellos malos tratamientos y establecieron con ella cordiales, entrañables relaciones y tratados de amistad y ayuda mutua.

Y en eso estamos. En que unos quieren aplastarnos y no hay quien nos aplaste. En que otros se proponen nuestro aislamiento y no hay quien nos aísle. Sólo unos cuantos —los fieles a la ciencia y al arte de la política clásica: al saber, a la moral y a la estética del buen gobierno—; sólo unos cuantos —decimos— nos sonríen confiados y fiadores al pasar y se conduelen de los contumaces agravios que persisten infiriéndonos quienes, delante de tratados más poderosos y coactivos que el de Roma, quisieron aniquilarnos y no pudieron.

Evidentemente España padeció durante muchos años y viene padeciendo todavía los efectos de las viejas furias demagógicas desmandadas por ahí.

La política ha de centrar sus postulados, sus proposiciones y su acción, ateniéndose a un juicio de rectitud y de responsabilidad. O no es política. Es demagogia. Porque la demagogia, contrariamente a las posibilidades, a la rectitud y a la responsabilidad sobre las que opera la política, actúa irresponsablemente a base de inflimar, de seducir, de encandilar a las masas en halago y alimento de sus pasiones.

Por eso decimos que, en una gran medida, la política internacional de ahora respecto de España es demagogia pura. Si lo aconsejable, lo útil, lo posible, resulta impopular, se apela a lo atosigante, a lo estragador, a lo irresponsable, a lo imposible, para que las masas se apacigüen y acallen sus rugidos.

Veamos una muestra de esa demagogia con que viene tratándose el caso de España, so pretexto de la singularidad de su Régimen político.

Todos los pueblos de la Europa occidental y del mundo —según la novísima doctrina de la Libertad— tienen que ser democracias igualitarias, tienen que profesar y ejercer las cuatro libertades, proceder periódicamente, por medio del sufragio universal inorgánico, a renovar a sus hombres de Gobierno; pero jamás, jamás, podrán ser libres, podrán ejercer aquellas cuatro libertades para dejar de ser libres así y disponerse a ser libres de otro modo. Jamás tendrán el derecho de modificar la esencia y los módulos de su libertad, con lo que han dejado de ser libres.

¿A qué esa uniformidad internacional? ¿A qué este patrón universal y tiránico que en cuanto dicta y limita la libertad de los pueblos y de los hombres constituye la más flagrante negación de la libertad de los hombres y de los pueblos?

¡Bah! Se parte de este desafuero político, de este dislate filosófico, de esta añagaza demagógica, para poder edificar sobre aquel proceloso disparate, un nuevo principio de política internacional-comunitaria, igualmente desatinado, absurdo e imposible. ¿Qué principio? El de la fraternidad, el de la fraterna amistad de los pueblos, de las naciones, de los Estados... ¡Amistad!... ¿Qué es amistad? Amistad es «afecto benévolo, puro y desinteresado, ordinariamente recíproco, que nace y se fortalece con el trato».

¿Benevolencia, pureza, desinterés de pueblo a pueblo y de Estado a Estado? ¡Qué cosas!

También en esta demagógica y no ingenua aspiración de la política internacional España, la vieja, la culta, la experta España, puede brindar al mundo un ejemplo de las tentativas denunciales, de las proposiciones imposibles.

La Constitución de Cádiz de 1812 —muy liberal, muy demócrata, muy *de Tratado de Roma*— constaba de 348 artículos conmovedores. En uno se mandaba: «*Los españoles serán justos y benéficos.*» No queráis saber lo benéficos, lo justos que fuimos los españoles a partir de aquella Constitución.

¡Pues que se prepare el mundo! Si a todos los pueblos se les manda que sean *hermanos, amigos, «benévolos, puros y desinteresados»* bajo esa Constitución de Cádiz, mejor dicho, bajo aquella Comunidad del Tratado de Roma, ¿qué va a pasar? Pues va a pasar que se van a hacer de oro, a través del Mercado Común, los fabricantes de árnica y los ortopédicos.

¡ASI ANDAMOS!...

ESPAÑA Y HOLANDA

Hace varios años que nadie niega la palma del progresismo (léase autodestrucción de la Iglesia) a los paisanos de Erasmo. Discutíase, sin embargo, si eran los Estados Unidos o era más bien España a quien cabía el no despreciable honor del segundo puesto. Si los votos se inclinaban al principio por los norteamericanos, cayeron finalmente a nuestro lado

Ho yparece confirmar esto mismo unos datos de PA: España ha sido el país del mundo que ha contado con más secularizaciones de sacerdotes diocesanos en 1970. Fueron nada menos que 150. Lo sigue Francia, con 128; Alemania Federal, con 114; Italia, con 109. Pero en términos relativos, el primer lugar en la cifra de secularizaciones todavía se lo tenemos que envidiar a Holanda: fueron 74.

Mas no desesperen nuestros progresistas.

¿UNA NUEVA RELIGION?

El cardenal inglés Heenan es de los pocos que tienen hoy el valor de decir verdades como catedrales, sin ponerse nervioso por las contrarias corrientes de opinión, *a la caza habilidosa de prestigio*, como diría Guerra Campos.

«Para volver a conquistar las multitudes los cristianos deben predicar la verdad; pero son demasiados los que están predicando *una nueva religión.*»

Hablaba durante la campaña ecuménica «Llamada al Norte». Y añadió:

«Si queréis que se oiga nuestra llamada, tenemos que decir la verdad: las verdades eternas. No hay otra religión que podamos predicar. Aun cuando el hombre moderno se mofe de nosotros. Recuerden que el hombre antiguo se reía de San Pablo, que dijo: *Nosotros predicamos a Cristo Crucificado, piedra de escándalo para los judíos y locura para los gentiles.*»

¿No es cierto que en la España postconciliar son muchos «los medios de expresión enquistados en las entrañas de la Iglesia» que se empeñan en meternos *una nueva religión?*

S. I. C.

Desde Francia

El adulterio intelectual del silencio

Por A. ROIG

Los católicos —y otras denominaciones cristianas— fugitivos de los países comunistas situados tras el «telón de acero», muchos de ellos pertenecientes a las comunidades uniatas de rito oriental, viven en estos últimos tiempos en plena y continua consternación. Las comunidades ortodoxas establecidas en Francia desde hace muchísimos años, también han expresado últimamente su angustia indignada. Ejemplo de ello lo constituye la tentativa del Estado antirreligioso comunista de Rumania de incautarse de la Iglesia ortodoxa rumana de París, y los incidentes que ello ha motivado por causa de la reacción de los fieles dentro y delante de su templo (rue Jean de Beauvais, 9 bis - París) al oponerse masivamente al comisario de Policía cuando iba a practicar la ejecución del fallo judicial —contra el que tiene presentado recurso, y, por lo tanto, no puede ser ahora ejecutivo— que accede a la ilegítima demanda del comunistizante patriarca de Bucarest, patrocinada por el Gobierno comunista. Sobre las paredes de dicha iglesia han sido fijadas grandes pancartas en las que puede leerse: «No queremos sacerdotes impuestos por la dictadura atea» y «Recordad a los obispos católicos de Rumania asesinados». Continuamente están presente delante del templo, montando guardia, grupos de exiliados rumanos que se relevan cada seis horas. En otras comunidades originarias de otros países suele suceder lo mismo, aunque sin éxito de la parte demandante por el momento, en estricta aplicación de las especiales normas canónicas del derecho oriental, pues decisiones tan importantes requieren obligatoriamente la cooperación y el acuerdo final entre lo que ellos llaman «el sacerdocio sacramental» (el clero) y el «sacerdocio laico» (el pueblo) que siguen fieles al *Synode Orthodoxe Libre de l'Occident*, manifiestamente anticomunista.

Los grupos protestantes fugitivos de los países comunistas están agrupados en Francia en la Action Evangelique pour l'Eglise du silence y editan el portavoz multiconfesional «Catacombes». Un servicio de cooperación en programas radiofónicos, una organización de ayuda económica y una sección jurídica llevan a cabo una actividad anticomunista que produce impacto en los países de origen, contribuyendo notablemente al mantenimiento de la moral y la perseverancia en la fe cristiana profesada —heréticamente, desde luego— de acuerdo con la primitiva tradición de las Iglesias nacidas de la Reforma.

Las comunidades católicas cuyos miembros son fugitivos de países dominados por el comunismo son las que tienen mayores motivos de preocupación grave y congoja constante por causa de la infiltración que padecen, ordenada por la máquina operativa del comunismo, y de la influencia predominante del progresismo en los países del llamado «mundo libre». A todo ello ha de añadirse la absorción forzosa —en bastantes casos ha sido incluso violenta— por la ortodoxia adicta al comunismo de los católicos uniatas de Ucrania y de otros países situados tras el «telón de acero», constituyendo ello ruptura unilateral —y por lo tanto ilegal— de las Uniones (con Roma) de Brest y de Oujhorod, años 1596 y 1646, respectivamente. En los casos de integración forzosa a la ortodoxia adicta al comunismo de los católicos uniatas, el silencio de Roma ha resultado significativo, doloroso y más que sintomático. El caso de las cuatro ordenaciones episcopales de Checoslovaquia, el 3 y 4 del pasado mes de marzo del año en curso, prestando juramento de fidelidad a la República socialista checoslovaca ante el jefe del Gobierno eslovaco, Peter Colotka, y el jefe del Gobierno checo, Josef Corcak, ha colmado la medida. «Informations Catholiques Internationales» del 15 de junio de 1973, pág. 15, ha publicado con respecto a las mismas lo siguiente: «En Checoslovaquia, muy recientemente, el Vaticano ha proveído unas sedes episcopales que estaban vacantes desde hacía muchísimo tiempo. Ha optado por el mal menor al consagrar obispos a candidatos que gozaban del favor del régimen comunista (que no han cesado de ejercer sus responsabilidades en el seno de asociaciones de sacerdotes adictos al Gobierno».)

Con el beneplácito de monseñor Casaroli y la «ostpolitik» eclesiástica, Julius Gabris, Jan Pasztor, Jozef Feranec y Josef Vrana, han sido los primeros consagrados obispos después de veinticinco años, debiendo hacer el Vaticano sustanciales concesiones, a pesar de lo cual quedan aún diez sedes vacantes en Checoslovaquia. Como muestra de cuanto queda dicho, basta consignar, por ejemplo, que monseñor Josef Vrana era presidente del antiguo movimiento del clero progresista checoslovaco Sacerdotes de la Paz, posteriormente convertido en Asociación de Sacerdotes Católicos «Pacem in Terris».

Las audiencias concedidas por Juan XXIII y Pablo VI a diri-
gentes y representantes de países comunistas, así como los despla-
zamientos de representaciones vaticanas a países comunistas, cons-
tituyen el cáliz de la amargura que los católicos y otros cristianos
huidos de tales países deben beber.

Si el paganismo científico-materialista-colectivista y ateo es in-
compatible con las religiones reveladas (cristianismo, judaísmo, is-
lam), más aún lo es con la religión verdadera, que es la católica, y
tal incompatibilidad no puede en modo alguno ser atenuada. ¿Cuá-
les son las motivaciones poderosas y convincentes que pueden jus-
tificar las relaciones entre el Vaticano y la Unión Soviética y sus
satélites? ¿Por qué se silencian las diferentes formas de persecu-
ción contra los creyentes cuya fe se considera incompatible con la
interpretación materialista de la historia? Sin la suma de todas
las herejías predominantes en la Iglesia que es el progresismo, el
Occidente no sería hoy víctima de la anestesia mental que en grado
agudo le aqueja y conduce hacia el adulterio intelectual

Según una conferencia pronunciada por monseñor Angelo Casaroli en el Instituto de Política Extranjera de Milán, publicada por «Civita Cattolica», el diálogo emprendido por la Santa Sede con los Estados del este de Europa tiene por objeto «la evolución de la vida cristiana, la existencia y la acción de la Iglesia en esos países, el interés de la Iglesia hacia sus transformaciones sociales, el «attachement» de los hombres a la paz, las numerosas posibilidades de comprensión y de cooperación con los Estados del Este. Por ello la Iglesia se siente llamada a participar en todas las negociaciones relativas a la paz, tanto cuando se trata de la paz en el Vietnam como cuando se trata de la Conferencia de Seguridad, en la que está representada por el Nuncio J. Zabkar.» ¡Asombroso! ¡Inconcebible! Pero así es la realidad, mientras la honda expansión de la herejía progresista se agranda.

Y así, desde relevantes sectores de la Iglesia reformada y reformante Ecuménica Conciliar Vaticano II, se les dice a los católicos que han sufrido en su propia carne el rigor de la persecución comunista por perseverar en su fe religiosa y en su tradición nacional, que el anticomunismo de Pío XI y Pío XII ha sido sustituido por el «universalismo de Juan XXIII», que ha «posibilitado» los «prudentes esfuerzos de Pablo VI, tendentes a liberar a la Iglesia» de lo que hoy —en nombre de «los signos de los tiempos»— se juzga «politización» y «enfeudamiento» y hasta la muerte de Pío XII era aplicación en el terreno práctico, y desde la esfera política —que es la que a los seglares les corresponde— de la doctrina de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, en su vertiente temporal. ¡Qué «cambio de mentalidad» tan profundo!

El brillante historiador eclesiástico de nuestros días, Mgr. Rupp, cuyo «integrismo» no le perdonan las cajas de resonancia predominantes, ha expresado con lucidez admirable la tragedia que tanto nos duele a los católicos en la actualidad, a cuyos autores califica de *los peores enemigos de la Iglesia*, con la siguiente puntualización: «Para San Pío X el «pecado contra el Espíritu» más aborrecido por Cristo fue, antes que ningún otro, «el adulterio intelectual».

Tal adulterio y desmedulamiento mental, más extendido de lo que parece desde Francia hasta Finlandia y desde Tierra de Fuego hasta Canadá, ha conseguido persuadir a ciertos cristianos de que el silencio en la Iglesia —y el silencio de la Iglesia— es una virtud, cuando en realidad una Iglesia oprimida y mártir que es silenciada por sus propios hermanos sufre por tal motivo doble martirio. Consignemos, no obstante, que Pablo VI —cuya «política religiosa» con los países del Este es para muchos consternante— ha evocado últimamente la situación de Albania —integrada a la esfera del comunismo maoísta enfrentado circunstancialmente a Moscú—, donde ha sido fusilado el sacerdote católico Stefen Kurti por haber sido sorprendido bautizando a un niño. En tal ocasión, Radio Vaticana ha hecho la insólita afirmación de que «el silencio de la Iglesia... no debe interpretarse como insensibilización o desconocimiento, sino que la mayoría de las veces es una dura necesidad para evitar otras violencias que —como en el caso de Albania— agraven situaciones particularmente penosas». Las Iglesias situadas tras el «telón de acero» que no se han entregado al marxismo, y los refugiados que de ellas proceden, no comparten tal criterio de Radio Vaticana, sin que tal disconformidad los aparte de su fidelidad a la Sede de Pedro. La Iglesia perseguida y silenciada no comparte «tácticas» y «posibilismos» actualmente en uso en sectores «católicos» del llamado «mundo libre», dispuestos a hacerle concesiones al enemigo para evitar ser un día, más o menos lejano, mártires; se mantiene fiel al espíritu preconciliar irreductible (gracias a los años de incomunicación con el Oeste y de resistencia al marxismo) sin dejarse seducir por las pastoralistas adaptaciones al mundo (su mundo es el conmunismo marxista) ni por la llamada «mentalidad del hombre de nuestro tiempo» (oficialmente adscrita en sus países a la interpretación materialista de la historia) con el inconvincente pretexto de ser fiel a «los signos de los tiempos».

Estos cristianos procedentes de las naciones dominadas por el comunismo no son hoy, ante la realidad circundante, ni optimistas ni pesimistas. Para ellos el optimismo resulta ahora ridículo e incluso insensato ante la gravedad de la situación espiritual del mundo y de la Iglesia. La herejía progresista (suma de todas las herejías infiltradas en la Iglesia) está demasiado extendida para permitirnos a los católicos, y a los cristianos en general, el mínimo optimismo estúpido.

Pero el pesimismo resulta para estos cristianos huidos del terror comunista más ridículo aún, pues las promesas de Dios a nuestra fe son sólidas y ciertas; acobardarse o angustiarse en el pesimismo significa dejarse vencer por la incredulidad del que duda, ser presa del llamado «humanismo» que combate al hombre en su raíz más esencial, como es el haber sido creado a imagen y semejanza de Dios y ser por ello un valor eterno.

Los católicos —y otros cristianos— huidos del comunismo y establecidos en el mundo occidental, son los que expresan constantemente mayor indignación por la defección mental de los que en los países que les han acogido dicen ser sus hermanos. Poseen una visión clarividente (contra el optimismo) y esperanzada (contra el pesimismo) que les mantiene serenos y firmes en el buen combate de nuestros días.

Su perseverancia actual, indeclinable e irreformable, constituye una esperanza gozosa para cuando por designio de Dios suene la hora del recobro espiritual. A pesar de que sufran hoy el silen-
de la Iglesi.a

¿PAPABLE EL CARDENAL TARANCON?

Por SANTIAGO JUNQUEIRO

En efecto, así lo admite y confiesa el propio cardenal. Si no, vean lo que contestó al entrevistador de «Sábado Gráfico»: *«Sí, ya lo sé que me están haciendo propaganda, lo que supone el prestigio que está alcanzando la Iglesia española, y lógicamente, como yo soy el presidente del Episcopado, se fijan en mí.»*

Cierto que también dice que tal propaganda no hay que tomarla *demasiado* en cuenta. No dice si le gusta o le disgusta. ¿Y es bastante salir con ese aparente atenuante en una persona verdaderamente humilde, consciente de la carga y responsabilidad que supone el Papado? (Aunque sin necesidad para un lector avispado, hemos subrayado nosotros.)

¿De modo que «se fijan en mí, lógicamente (?), por mi presidencia en nuestro Episcopado»? Eso es como decir que la de España es la única conferencia episcopal existente en el mundo católico; porque si hubiera otras, también podrían haberse fijado en cualquiera de sus presidentes; si los hay, deben estar a la altura del betún con relación a monseñor Tarancón. Pero no es por el hecho de ser presidente, sino por el prestigio del Episcopado español... ¿Y a qué se llamará prestigio? ¿No será al progresismo arrollador que a ultranza y a punta de lanza se quiere que triunfe en España y la cambie, sin que la pueda reconocer la Madre que le dio la vida? Si hoy nuestro Episcopado tiene prestigio por esos mundos progresistas, liberales, marxistas, masones y autodemoledores, no será ciertamente por un obispo como monseñor Guerra Campos, sino por un obispo excomulgador como el de Bilbao y por otro obispo inquisidor como el que ha salido de Zamora para ser el coco de Málaga, y por tantos y tantos obispos de esa misma cuerda. (Y aquí, entre paréntesis, oigan lo que de Pablo VI, con motivo de sus diez años de Papa, ha dicho de él el embajador que fue ante la Santa Sede, don Antonio Garrigues: «*Una actitud drástica y tajante* (en la actual crisis) *hubiera producido daños irreparables, de esos de los que hay que arrepentirse. Cuando durante este Papado o el siguiente, vuelvan las cosas a sus cauces, se habrá de volver a la norma del «sí, sí» y del «no, no», pero dejando a salvo la legítima libertad de conciencia.*» Con perdón del ex embajador, a mí todo eso me parece utopía y solemne disparate. Su exégesis necesitaría páginas y páginas; pero dado que ésta es la táctica de la Iglesia posconciliar, tomen nota Buxarrais y Añoveros.)

Monseñor Tarancón es progresista, porque dice que si la Iglesia es progresista, él también, y no cabe duda de que hoy la Iglesia (entiéndase, los que la dirigen) es progresista. Sin embargo, cuando le preguntan si lo es, «qué mal me sabe —dice— que me etiqueten», cuando se ha etiquetado él mismo. Cuando se tienen ideologías sin coraje para defenderlas y sí habilidad para desorientar, ¡qué fácilmente se enreda uno en sus propios pensamientos!

Por lo tanto, si se hace campaña para el Papado, será por su progresismo y por el sesgo progresista que imprime a la Conferencia, y así debe ser el progresista más progresista de los obispos progresistas, porque de haber otro más progresista, *lógicamente* tendrían que fijarse en él, aún sin ser presidente; porque los cardenales son electores, no exclusivos elegibles. No sería la primera vez que un conclave ha elegido a uno fuera de conclave y no cardenal. Esto supuesto, aún diría que monseñor Tarancón es el más progresista de todos los cardenales y presidentes de Conferencias; si no, no se habrían fijado en él. El prestigio en el mundo, y especialmente en Europa, de nuestro Episcopado progresista, ¿a qué se debe? ¿A que después de catapultado el progresismo se va aproximando al progresismo europeo o le ha igualado ya y aún superado? Si sólo se va aproximando, quedando todavía distante, no hay razón para que nadie se fije en monseñor Tarancón. ¡Habrá tantos de «mérito» y «valer»! Luego si el mundo progresista se fija en él y le hacen tanta propaganda, no hay duda, nuestra Iglesia progresista ya deja atrás a cualquier otra, y su presidente a todos los presidentes.

¿Y un cardenal así —dirán muchos— podrá salir Papa? Cómo no. Hemos de creer que a su tiempo el Espíritu Santo meterá mano para que el tiro salga por la culata, como le sucedió a Rampolla, que por el veto del emperador de Austria (Dios escribe recto con líneas torcidas) tuvo que dejar el sitio, afortunadamente, a San Pío X. Pero como la Historia es muy elocuente, bien puede suceder que el Espíritu Santo consienta cosas tales como las que consintió en los siglos IX y X. ¡Cuántos antipapas, cuántos escándalos de todo orden, hasta que al fin apareció el gran San Gregorio VII! Recordemos nada más el caso de Esteban VI. Hizo desenterrar a su predecesor el Papa Formoso, revistió al cadáver de hábitos pontificales, le colocó en un trono, le juzgó, le condenó, le hizo cortar la cabeza y los tres dedos con que había bendecido, y después le hizo arrojar al Tíber. Más: declaró como no consagrados los que de él habían recibido la ordenación. Así no es extraño que ese Esteban acabase estrangulado. El historiador César Cantú dice de esta época: «¡Tal era la confusión que reinaba en el seno de la cristiandad!»

Claro que eran *los siglos de hierro* del pontificado, expresión que ha consagrado la Historia. Pero hoy estamos en el siglo del PROGRESISMO Y AUTODEMOLICION, como consignará la Historia. ¿Qué podrá ocurrir, pues, a la muerte de Pablo VI? José Corral (jesuita), en su libro «El fin del mundo está *muy* cerca», hace, entre otros, estos pronósticos para los años 70-80: «Sede Apostólica vacante por espacio de año y medio; elección de dos antipapas; señales en el sol y la luna anunciadoras de calamidades; guerra atómica; elección por fin de Papa verdadero, etc.; todo ello deducido de un estudio muy serio y documentado sobre el fin del mundo y juicio final que sobrevendrán hacia el año 2000. Opino que el que seriamente y sin prejuicios lea ese libro (u otros que hoy corren —muy significativo—), quedará convencido. O por lo menos con la mosca en la oreja, porque la pregunta lógica es ésta: Si el fin del mundo ha de ser un hecho, ¿por qué no puede suceder en nuestro tiempo? ¿No estamos hoy más cerca que los que vivieron en el siglo XVI, y éstos más cerca que los del siglo X o los del siglo V, *et ita porro*? El día y la hora nadie lo sabe, se nos dirá, con apoyo en el Maestro; pero sí se puede y se debe estudiar y conjeturar la época; para eso nos dio señales, para que pensáramos, no para que nos riéramos alegremente, como en los tiempos de Noé. *«Cuando veáis esto y lo otro y lo demás allá, ojo, porque volveré con sorpresa, cuando nadie lo crea ni lo espere; tanta será la apostasía y corrupción, que merecerán los hombres que yo aparezca como un relámpago.»*

¿Qué ocurrirá, repito, en el próximo conclave? No lo sé. Estoy íntimamente convencido de que si la Iglesia actual sólo tuviese los problemas y dificultades normales y corrientes de siempre, ya Pablo VI habría renunciado, de acuerdo con los signos de los tiempos y la Iglesia renovada. Cuando no lo ha hecho... No sé lo que ocurrirá en el próximo conclave, pero no hay que descartar sin más ni más que pueda ser elegido el cardenal Tarancón.

COMPARACION DE DOS REVOLUCIONES

Por Alberto Costa Canals

● La revolución supone siempre un cambio drástico de las estructuras políticas, económicas y sociales de un sistema vigente, que es destruido y reemplazado por un nuevo sistema, que comporta una nueva filosofía política y una nueva concepción de la economía y de la sociedad. El solo asalto al poder y la sola transformación de las formas políticas del sistema, eso no es una revolución. Es un golpe de Estado.

● José Antonio propuso la desaparición fulminante del sistema económico capitalista; desmontar el capitalismo es una alta tarea moral y la sociedad escindida en clases del sistema político de partidos, de partidos de clase; para sustituirlos por la economía sindicalista-vertical, por la sociedad sin clases y por una real y verdadera participación de la totalidad del pueblo en las tareas de gobierno y en el destino histórico de la Patria. José Antonio propugnó una verdadera revolución.

● El marxismo-leninismo es también revolucionario. Pretenden la desaparición del orden económico capitalista, y según sus previsiones, de las formas sociales y políticas de la democracia burguesa. Propugnan a continuación la Dictadura del partido comunista y la eliminación total —física— de todas las fuerzas políticas no comunistas. Pero el marxismo-leninismo es, en todo caso, «LA FORMA REACCIONARIA DE LA REVOLUCION».

● Toda revolución que afirme una ETICA REVOLUCIONARIA, es decir, la afirmación de unos valores supremos e intangibles, no sólo en los fines, sino en todo momento de la revolución, ésta y ninguna otra será la «FORMA REVOLUCIONARIA DE LA REVOLUCION.

● La verdad, la justicia y la libertad son valores definitorios de la ETICA REVOLUCIONARIA. Incluso la renuncia colectiva y temporal a la libertad ha de ser aceptada de forma consciente, obedeciendo a una ley de construcción social, que nos exige el sacrificio comunitario de la libertad.

● El marxismo-leninismo dice que aquellos valores éticos están condicionados al llamado DESARROLLO DIALECTICO del proceso revolucionario. La verdad, la justicia y la libertad pueden ser perfectamente negadas, según las necesidades del «movimiento dialéctico» de la revolución. En realidad es en esta etapa de NEGACION en la que se ha anquilosado la Dictadura comunista.

● El marxismo-leninismo es la forma reaccionaria de la revolución. Mientras afirmamos que el nacional-sindicalismo, por su ética revolucionaria, es la forma REVOLUCIONARIA DE LA REVOLUCION.

«NO QUITA LO CORTES A LO VALIENTE»

Por TEOFILO

No quita lo cortés a lo valiente,
ni el respeto a LA SANTA EUCARISTIA
debe menguar porque de día en día
se mitigue el ayuno precedente.

JESUS, EN LA HOSTIA SANTA, ESTA PRESENTE;
y al recibirle a EL, POR CORTESIA,
lo menos que cualquiera hacer podría
es DOBLAR LAS RODILLAS, reverente.

EL, EJEMPLO NOS DIO: POSTRADO EN TIERRA,
CON REVERENCIA, ORABA AL PADRE CELESTIAL;
Y HOY, AL COMULGATORIO, SE HACE GUERRA.

Parece que EL ESPIRITU INFERNAL
ha entrado en las iglesias, y destierra,
con su poder, lo que le sienta mal.

NUESTRO VIAJE A CUENCA

Por JULIA RIBAS

La Unión Seglar de San Antonio María Claret, fundada hace pocos años por el santo jesuita P. Jaime Piulachs Oliva, asociación creada para combatir «los nobles combates de la fe», no podía faltar a la hora de la adhesión y afecto hacia monseñor Guerra Campos, obispo que tantas pruebas ha dado de su gran categoría como apóstol del Señor.

Muchos hemos ido a Cuenca para estar al lado de monseñor Guerra Campos en el día de su entrada en su diócesis de Cuenca. Gozosos de acompañarle en una fecha grata para los católicos y para la Iglesia. Y muchísimos más hubieran ido si sus ocupaciones se lo hubieran permitido. Y no por TRIUNFALISMO, no confundan, sino por agradecimiento, por nostalgia de santos obispos, para reconfortarnos en la fe, para consuelo de nuestras almas, zarandeadas y apaleadas en el vivir de hoy día, en que tan a prueba ponen nuestros sentimientos de amor a Dios, a la Virgen y a la Iglesia.

Fuimos a Cuenca sin tener en cuenta los kilómetros a recorrer desde Gerona y Barcelona, llevando una imagen de la Virgen de Montserrat para entregarla al obispo de Cuenca en nombre de toda la Unión Seglar de San Antonio María Claret, incluida Játiva y San Sebastián. ¿Quién mejor que la Virgen para hablarle a su corazón de obispo de la necesidad que tenemos los seglares de jerarquías que en sus obras nos recuerden a Jesús?

Nos acompañaron en el viaje tres sacerdotes, un canónigo, una madre superiora y una hermana salesiana. ¡Qué bien representados íbamos! El viaje transcurrió felizmente, a Dios gracias, y no faltó el humor, ni la devoción durante el viaje, pues se recitaron poesías, contaron chistes, hubo charlas, canciones piadosas, folklóricas y se rezó el rosario.

En pleno campo participamos de la Santa Misa. Rodeados de árboles, hierba y hojas secas como una alfombra bajo nuestros pies, el cielo por techo y el piar de los pájaros y sus trinos hicieron coro a nuestras oraciones de alabanza a Dios.

Sin contratiempo alguno, a Dios gracias, llegamos a Cuenca; fuimos al hotel, y allí sucedió algo muy particular que me ha dado mucho que pensar.

Mientras esperábamos que nos entregaran las llaves de las habitaciones, el grupo se dispersó con el propósito de aprovechar su estancia en Cuenca lo mejor posible.

Quedamos pocos del grupo en el hotel. Estábamos una amiga y yo sentadas en cómodos sillones en el vestíbulo, frente a la puerta de entrada, cuando vimos llegar precipitadamente a uno de nuestros compañeros de viaje. Venía solo; su esposa se había quedado en el hotel. Entró en el vestíbulo y vino directamente hacia nosotras.

Me llamó la atención su aspecto. Tenía una alegría poco corriente en el semblante, y excitado nos dijo: «¡La he visto! ¡La he visto!» Yo no supe que pensar. Veía una felicidad tan grande en su rostro que me privaba de formar juicio. «¡He visto a la Virgen de la Luz!», siguió diciendo. «¡De allí vengo!» Empecé a comprender, pero no del todo. El buen señor decía: «¡Toda iluminada!» Pensé, sí, claro. Dicen que la Patrona de Cuenca, en su iglesia, está toda iluminada. Nuestro compañero de viaje seguía en sus exclamaciones de admiración y alegría. «¡Qué contenta está la Madrecita!» Este señor cuando habla de la Virgen le da el diminutivo cariñoso de Madrecita. Mareta dice él en catalán. «Tan contenta estaba —dijo— que me ha sonreído y me ha llenado de su perfume. Le llaman el perfume de la Virgen —explicó—, pero yo le llamo perfume del Paraíso. Todavía lo llevo conmigo, ¿no lo notan?» Yo pensé: ¿Pero qué dice ese hombre? Y al instante una oleada de perfume nos envolvió. Un perfume parecido al jazmín con mezcla de diversas flores de suave aroma e incienso. Algo indefinible, particular.

Sorprendida miré a mi amiga; ella también me miró, y a la vez exclamamos: «Sí que lo notamos. ¡Qué perfume!» Poco a poco éste se fue evaporando, mientras el buen hombre decía, temeroso de no ser creído: «No soy yo. No soy yo. ¡Es la Virgen! Huelan mi ropa, mi ropa no huele. Es el perfume de la Virgen» Le aseguramos que lo creíamos, y contento se fue en busca de su esposa, que estaba al otro extremo del vestíbulo.

El hecho en sí fue particular, pero ha tenido una segunda parte que ha hecho que aumentara mi perplejidad. Cuando llegué a Barcelona y le conté a mi hermana las impresiones del viaje. No le había contado todavía lo del perfume, cuando ella me dijo:

—¡Si supieras lo que nos pasó el día que os marchasteis! Fue en la plaza de Calvo Sotelo; todavía no había marchado el autocar. A mi lado estaba una muchacha que también había ido a despedir a su familia, cuando de pronto nos envolvió una oleada de perfume como jazmín e incienso. Un perfume parecido al de aquel rosario que nos mostró una señora que nos dijo que desde que lo había besado la Virgen en una de sus apariciones en Garabandal le había quedado aquel perfume.

Yo entonces recordé el perfume del rosario, y tuve que admitir que era parecido al de la Virgen de la Luz de Cuenca.

Dijo mi hermana que en aquel lugar de la plaza de Calvo Sotelo no hay flores ni pasaba nadie por allí en aquel momento. Y que parecía como si el aroma bajara de arriba. Y cuando yo le expliqué lo que nos había sucedido en Cuenca quedamos las dos sin saber qué pensar.

¿No habrá algún querido *quepasista* que pueda darme alguna explicación sobre ese caso que considero singular?

Y sigo con el relato de nuestro viaje a Cuenca.

Por la tarde nos encaminamos hacia la catedral. Al llegar a la plaza de la Catedral vimos que en las escalinatas del hermoso templo empezaban a situarse jerarquías eclesiásticas y civiles, clero y religiosos. Muy pronto la plaza y las calles adyacentes quedaron abarrotadas de un público que sólo tenía un pensamiento: saludar a monseñor Guerra Campos.

En esta época en que tanto se habla de signos proféticos debo reconocer que don Joaquín Pérez Madrigal también tiene algo de profeta, pues si mal no recuerdo fue nuestro querido Director quien dio el título de Obispo de España a monseñor Guerra Campos. Y en verdad que el obispo de Cuenca se ha ganado el título. Pues reunidos en la plaza de la Catedral de Cuenca, esperando su bendición, nos hallábamos representaciones de toda España.

Aquí y allá, grupos venidos de todas partes de España comentaban el acontecimiento, y no hay duda, pues en sus palabras se reflejaba el cariño, que consideraban a monseñor Guerra Campos como «su» obispo.

Con gran alegría nos saludamos con unas amigas de la Unión Seglar de San Sebastián. Habían hecho el viaje de San Sebastián a Madrid, y como no les dio tiempo de alcanzar el autocar para Cuenca, sin amilanarse alquilaron un taxi y... a Cuenca; llegaron con tiempo para la ceremonia. En la Unión Seglar ¡somos así ¡Hay clase!, y que perdonen la modestia.

Por nuestra parte comentamos que nos habíamos pasado la noche en la carretera y que, sin dormir apenas, allí estábamos haciendo acto de presencia. Como estaremos siempre al lado de quienes defiendan nuestra fe.

Los conquenses se asombraban, y un grupo de sacerdotes de Cuenca nos pedían que nos qedáramos allí.

De pronto cesaron las conversaciones y comentarios; un murmullo se elevó y los aplausos y vivas a monseñor Guerra Campos, que acababa de llegar, invadieron el ámbito de la plaza y calles adyacentes.

Saludos, vítores y apretones de manos al paso de monseñor Guerra Campos hasta que se colocó en el lugar destinado para saludar a las jerarquías eclesiásticas, clero, religiosos, autoridades, diocesanos, amigos y católicos todos.

Después que el alcalde le dio la bienvenida, el obispo saludó a todos los presentes con breves y sentidas palabras. Le tomaron juramento a su vez, según tradición del Cabildo catedralicio, juramento que obliga al obispo a mantener y salvaguardar la fe y tradiciones de Cuenca. Y tras breve ceremonia, el obispo hizo su entrada en la catedral. Una ingente multitud penetró en el templo, y tras las oraciones de ritual, monseñor Guerra Campos pronunció un memorable discurso.

Yo miraba a los asistentes mientras monseñor Guerra Campos, con palabras valientes, firmes, claras y vibrantes de amor a Dios y a la Iglesia, pronunciaba su magnífico discurso. Muchos asentían con movimientos de cabeza a las palabras del obispo de Cuenca. Mujeres emocionadas, graves los hombres, y cuando al final se cantó la Salve la emoción contenida se desbordó con vibraciones de alegría, prendida en las notas que llenaban el templo, en súplica y obsequio a la Madre de Dios.

Fue una Salve cantada con voces compactas, fuertes, unidas; como salidas de un solo corazón. Me emocionó ver a un viejecito cantar la Salve con una unción y un fervor tal que en él se transparentaba su gran amor a la Madre de Dios. Y pensé: mientras existan en España gentes de fe como las que están aquí no podrán los enemigos de Dios destruir la fe en España. Una amiga al salir de la catedral me dijo entusiasmada: ¡Qué Salve! Por años que viva no olvidaré este momento.

Vino luego el besamanos. El entusiasmo no decrecía ni un instante, ni monseñor Guerra Campos se cansaba de sonreír paternalmente y dar las gracias a quienes besaban su anillo episcopal.

Luego, al retirarse de la catedral, en una de las salas del obispado, el grupo de la Unión Seglar de San Antonio María Claret le hizo entrega de la imagen de la Virgen de Montserrat, implorando una bendición para la asociación. Se arrodillaron todos a su alrededor, y poniendo monseñor Guerra Campos la imagen de la Virgen al lado de su corazón dio su paternal bendición, diciendo que no era él quien daba la bendición, sino la Virgen. ¡Momento maravilloso!

Muchas más cosas podría contar, y no lo hago por no alargar el artículo. Como, por ejemplo, cuando uno de los gerentes del hotel, al enterarse del motivo de nuestro viaje, tuvo un pronto y exclamó. ¡Pues a ver si el obispo consigue que todos los sacerdotes se pongan sotana! ¡Que ya está bien! O la prueba que tuvimos, de orden espiritual, que nos demostró cuánto se puede conseguir para bien de la Iglesia, si renunciamos a ser cobardes cuando se trata de defender nuestra religión.

Si el viaje fue feliz a la ida, lo superó a la vuelta, pues volvíamos con el recuerdo de las emociones vividas. Rememoré el hermoso espectáculo de la plaza de la Catedral, el atrio del hermoso templo. Las jerarquías eclesiásticas, junto con las jerarquías civiles, el clero, los religiosos, pobres y ricos, obreros y empresarios. Jóvenes, adultos, niños y ancianos. Todos unidos en comunión de sentimientos. ¡Qué bello espectáculo! —pensé—. ¡Eso es el catolicismo, unidos en el amor a Dios, pues ante Dios no existen clases sociales, sino sólo ¡corazones! Y me sentí feliz de ser católica.

NO, NO SE PUEDE SER CRISTIANO Y MARXISTA

CON TODO RESPETO

Por Anastasio Fernández, Pbro.

Leí en la revista «Fuerza Nueva», fecha 9 de junio, pág. 7, que monseñor Oliver, obispo auxiliar de Madrid, ha dicho en la capilla del Colegio Mayor Mara, de Madrid, suponemos que en una homilía, «que se puede ser cristiano y marxista». Gravísima y escalofriante afirmación teniendo en cuenta la persona, el lugar y el momento que la acompañan.

Se dice en algunos ambientes interesados que, con frecuencia, se vierten en la prensa conferencias y manifestaciones e incluso en el runrún popular palabras o comentarios más o menos ofensivos o irrespetuosos para la jerarquía eclesiástica. Por eso, ante una afirmación tan inesperada, tan objetivamente malsonante y demagógica, cabe preguntar qué postura es lícito adoptar para evitar la supuesta injuria o irrespetuosidad señalada y condenada. ¿Callar? Sencillamente creo que no, máxime cuando se habla tanto hoy del pecado de omisión o del silencio. ¿Hablar? Sí, pero con todo respeto.

Cuéntase de San Francisco Javier que siempre que escribía a San Ignacio o un superior, desde sus centros o puntos geográficos de misiones, lo hacía en la actitud que se puede adoptar en prueba de la máxima reverencia y devoción para el superior: de rodillas. Haré constar, por consiguiente, que el título que encabeza estas líneas, CON TODO RESPETO, contiene y simboliza todo significado interior y exterior de la actitud javeriana.

La frase que nos ocupa, dicha seca y fríamente, y leída sin ningún comentario o exégesis, es grave y dura, y «a priori» inaceptable doctrinalmente, por lo que las circunstancias que la rodean, la publicidad que ha adquirido y el escándalo producido en la gran masa del pueblo cristiano, están pidiendo y exigiendo la publicación íntegra y responsabilizada de la homilía o discurso en que está inserta, para poder tener elementos de juicio exactos, ciertos y seguros con que poder emitir opiniones sobre el particular.

En otras ocasiones, con motivo de manifestaciones más o menos parecidas a la que comentamos, han aparecido en la prensa, especialmente la de cierto matiz religioso-social, amplias informaciones, reacciones y comentarios de las respectivas redacciones, de la jerarquía y personalidades pertenecientes a los Movimientos Apostólicos. Recientes están los casos de la Semana Teológica de Zamora, y los de Pamplona, y San Sebastián con motivo de la procesión del Corpus, que han producido un ruido ensordecedor. En el caso de monseñor Oliver el silencio es absoluto, silencio que envuelve suma gravedad.

En la carta del señor cardenal arzobispo de Madrid y de sus cinco obispos auxiliares, de diciembre pasado, se dice: «Los cinco obispos auxiliares, con el señor cardenal arzobispo, queremos ser una sola cabeza, un solo corazón, una sola alma, con la diversidad propia de cada persona, estamos empeñados en conseguir una unidad de criterio y de actuación que revele prácticamente la existencia de un solo pastor y os ofrezca, en nuestra pobreza, un signo de comunidad, de unidad y de paz.»

¿Es, pues, una realidad esa unidad de criterio y de actuación en el Consejo Episcopal de la diócesis de Madrid? ¿Ese es el pensamientos y va a ser la actuación de los demás miembros del Consejo en el problema filosófico-religioso-social que plantean las palabras de monseñor Oliver? En cualquier caso, dígase, aunque por lo menos consta ya que la postura de la cabeza moral que representa la carta, el señor cardenal, es contraria. O unidad o una división más en el seno o grupos de la Iglesia española.

Monseñor Enrique y Tarancón, según vemos en «Ya», fecha 1 de junio, fue entrevistado por un redactor de «Sábado Gráfico», y a la pregunta del periodista de «si la Iglesia acepta, pues, y de buen grado esta socialización», el cardenal contesta: «Ya le he dicho que de la socialización habló claramente Juan XXIII. Si la socialización se entiende bien, por una parte es positiva. El reconocer que todos somos iguales, el no admitir las clases sociales demasiado cerradas, es completamente cristiano y evangélico. Claro que si la socialización se entiende por marxismo, ya es otra cosa muy distinta... Existe una filosofía diferente que NO SE PUEDE ADMITIR.»

Cualquiera que lea todo lo que antecede convendrá sincera, humilde y respetuosamente que esto no puede ni debe quedar así. Hay en la desdichada frase altos valores religiosos en juego. Alguien tiene que hablar a la opinión pública cristiana de la Iglesia española, mediante los medios informativos, aquietar su conciencia y decir con toda claridad y autoridad si «el cristiano puede ser marxista» o, por el contrario, que el cristiano no puede ser marxista, pero sin distingos o salidas tangenciales, que no han lugar.

Se ha dicho muchas veces, y es verdad, que hay que raer de la faz de la tierra toda violencia, venga de donde viniere. Y en la capilla del Colegio Mayor Mara, de Madrid, se ha producido una violencia doctrinal y moral al sentimiento, entendimiento y conciencia cristianos que han aprendido a vivir en este problema social sobre los fundamentos de las palabras del gran Papa Pío XI, en la «Quadragesimo anno», que afirman categóricamente: «Socialismo religioso, socialismo cristiano son términos contradictorios; nadie puede al mismo tiempo ser buen católico y socialista verdadero»..., porque «el concepto de la sociedad que le es característico (al socialismo) y sobre el que descansa, es incompatible con el verdadero cristianismo». Doctrina, además, corroborada por Su Santidad Juan XXIII, el que inició el aperturismo ortodoxo y legítimo, el Papa que «abrió» las ventanas del Vaticano para que entraran en él aires puros y sanos de «aggiornamento», pero que en la «Mater et magistra» ,refiriéndose a Pío XI, dice: «El Pontífice recalca que la oposición entre comunismo y cristianismo es radical, y precisa que de ningún modo puede admitirse que los CATOLICOS militen en las filas del SOCIALISMO MODERNO (el marxismo), ya sea porque es una concepción de la vida limitada al ámbito del tiempo, en la que el bienestar se estima como supremo objetivo de la sociedad, ya sea porque es una concepción de la vida social limitada al ámbito del tiempo, preocupándose, por lo mismo, sólo de los problemas de esta vida mortal, ya sea porque, orientándose entonces toda la convivencia y sociedad de los hombres a la producción, la libertad queda excesivamente reducida y desaparece la verdadera noción de la autoridad social».

Con todo respeto, pues, y reverencia a la dignidad episcopal, pero rechazando esa afirmación por antifilosófica y antipapal, literalmente considerada.

CRONICA DE VIZCAYA EN EL XXXVII ANIVERSARIO DEL 18 DE JULIO

MISA DE LA LIBERACION Y MISA DEL CORPUS

Con un día espléndido se celebró la fiesta de la Liberalización de Bilbao el día 19 de junio. La Misa de campaña en la plaza de Moyúa constituyó un acto digno y emocionante, que honra a las autoridades militares y civiles por su valentía en ofrecer culto público al Señor Dios de los Ejércitos.

Muchos miles de personas acudieron a misa y desfile. No faltaron algunos enanos tontútiles —se les conoce a la legua— que se deslizaban sinuosos entre el noble gentío para procurar, sin duda, información a sus superiores.

Hubo fotógrafos profesionales y aficionados, y me pareció que uno de ellos dirigía su objetivo hacia una ventana de la plaza, donde aparecía, discretamente situada, cierta personalidad muy caracterizada por su aversión a triunfalismos y exhibiciones junto a las autoridades y de quien se dice que está muy vigilada por el IDO-C. No es extraño, pues, que obrara con cautela.

Se ha criticado su actitud por algunos de sus adictos, que en su asistencia a la misa de campaña, aunque de incógnito, quieren descubrir alguna añoranza de los tiempos de la Cruzada, en la que, naturalmente, se situó al lado de los nacionales.

La alocución del capellán castrense fue magnífica, vibrante, de profundo sentido apostólico y patriótico, que hizo elevar el fervor de los asistentes. ¡Dios le bendiga! Del desfile no he de hablar porque no es éste mi propósito; sólo diré que fue una lección de orden, pulcritud, seriedad, marcialidad y hombría. Sin querer me iba el pensamiento hacia esos grupitos de nuevo cuño socio-pastoral, que han introducido en los centros religiosos sus maneras, atuendos, melenas y gestos de tono feminoide, con músicas y cantos de lo más ramplón que pueden producir los estratos inferiores del arte.

El día del Corpus no hubo tanta suerte, pues no relumbró como sol, según está mandado. Se celebró la misa en la catedral y la procesión en el claustro, sin más esplendor que el que irradiaba el Santísimo y el que en lo humano aportó la fiel Adoración Nocturna Española, siempre al pie del cañón. La lluvia, muy leve por aquella hora, vino como pedrada en ojo de boticario para suprimir la procesión pública. Me acordé de más de cuatro vigilias que han celebrado los adoradores nocturnos por esos pueblos del Señor para conmemorar bodas de plata y oro, teniendo que llevar en la procesión trincheras y paraguas, entre barros, de noche; pero llenos de entusiasmo y fervor, cantando al «Amor de los Amores». ¡Qué contraste!

El señor obispo pronunció una homilía muy sentida y al final pidió, con mucha vehemencia, oraciones por los que carecen de lo necesario, los pobres, los OPRIMIDOS, los PRESOS (esto lo dijo con especial énfasis), los «duramente castigados», a veces «injustamente castigados» (también aquí se detuvo insinuante), etc.; en fin intercedió por «casi» todos. Y esto es lo más penoso: que en este Día del Amor Fraterno fueran olvidados (no puedo pensar que no fuera un olvido) los familiares de las víctimas causadas por esos amados PRESOS y otros OPRIMIDOS que andan sueltos y que en cuanto tienen oportunidad asesinan villanamente a quien sea: autoridades, mantenedores del orden, taxistas, empleados, niños y mujeres, y atracan bancos, secuestran, martirizan, colocan bombas, organizan huelgas..., ¡claro!, para cambiar las estructuras, según ciertos programas pastorales.

Pero el Señor a nadie olvida y escucha las súplicas de los que no hacen discriminaciones.

En fin, salvo estas pequeñas lagunas, todo salió muy bien. Y esperamos que nuestro prelado, en su próxima homilía, al pedir oraciones no tendrá inconveniente en incluir entre PRESOS y OPRIMIDOS a estos OLVIDADOS, que también son hijos de Dios

¡Adorado sea el Santísimo Sacramento del Amor, por siempre! Amén.

URRUELA

Desde San Sebastián

LA PROCESION DEL CORPUS PROHIBIDA

¡SE TRATA DEL SANTISIMO SACRAMENTADO, SEÑOR OBISPO!

Preferiríamos callar, pero nos resulta imposible reprimir e impedir que se manifieste al exterior el intenso dolor y pesadumbre que ha sentido nuestra alma ante el nuevo paso de creciente escularización de las manifestaciones públicas de nuestro pueblo, que acaba de producirse: la supresión de la procesión del Corpus en nuestra capital provincial.

Ya el Señor, realmente presente en el Santísimo Sacramento, no saldrá públicamente a sus hermosas calles y amplias avenidas, ni las recorrerá en abierta y patente manifestación de ferviente homenaje y adoración a su Divina Persona. En adelante, habrá de estar recluido siempre en la penumbra y retiro del templo, como si la vía pública y la vida ciudadana que en ella se desarrolla no le pertenecieran, al ser retirada su presencia definitivamente de ese marco público, al que ya no saldrá ni siquiera una vez al año, en el devotísimo y esplendoroso día del Corpus.

Esta retirada y repliegue —que inevitablemente no puede menos de ofrecernos los tristes y sombríos matices de una capitulación y derrota de la vida religiosa de nuestro pueblo ante la creciente y victoriosa secularización, que lo va invadiendo— no puede menos de dolernos en el alma, produciéndonos la más profunda decepción y amarga pena.

Pero ¿es que acaso nuestro pueblo se ha descristianizado de tal manera que no puede soportar ya la presencia de Jesucristo sacramentado por sus calles? ¿Es que nos encontramos entre protestantes o paganos? ¿Es que nos hallamos en un pueblo ateo? Esta plena exclusión de toda manifestación de fe cristiana por la vía pública —que alcanza su grado máximo con la supresión de la procesión del Corpus— es cosa que no encaja ni se compagina con la profunda religiosidad cristiana de nuestro pueblo y tampoco con sus costumbres ancestrales, sino más bien con el ambiente ateo de la Rusia soviética.

¿Es que tratamos de imitarla y seguir sus huellas, renunciando a nuestra propia personalidad social y colectiva, labrada en el curso de tantos siglos? ¿Es que ahora vamos a echar por la borda tesoros preciosísimos, de valor espiritual incalculable, como si nada significasen y nada fuesen?

Y la procesión del Corpus —ahora entre nosotros suprimida— valía espiritualmente un imperio. Era una consecuencia lógica de la fe viva y de la persuasión ardiente del pueblo cristiano respecto de la real, verdadera y personal presencia de Jesucristo, bajo los velos eucarísticos, en medio de él

Nada más natural que el desahogar y dar rienda suelta a esa gozosa y consoladora convicción, sacando una vez al año a Dios-Hombre por las calles de cada población, en público testimonio del reconocimiento de su pleno dominio y soberanía sobre todas las personas y cosas sin limitación, y de acatamiento de esos derechos divinos de Jesucristo, proclamándole cima y cumbre de la colectividad humana, y más en concreto respecto de cada localidad, que así procede públicamente para con el augusto Señor, realmente presente en la Hostia Santa.

En la actual evolución del tiempo y de las ideologías también cabe decir que eso de nada vale y para nada sirve. Y por eso —de acuerdo con los signos de los tiempos— la procesión del Corpus, por cuanto anticuada, queda suprimida.

No puede ser más lamentable y consternador el principio que a ese razonamiento sirve de base. ¿Con que para nada vale la persuasión y entusiasmo por una realidad tan incomparablemente soberana como es la existencia y presencia personal de Cristo mismo, con toda la integridad de su ser humano-divino en la Eucaristía? ¿También es una futilidad el otorgar a esa estremecedora realidad de la persona de Cristo, verdaderamente presente entre los hombres, aunque de modo invisible —para que precisamente por eso nuestro culto a El sea más meritorio— el homenaje público y solemne, esplendoroso y radiante, que le corresponde?

Muy pobre y raquítico en sentido y espíritu cristiano nos parece ser quien así discurre. Nunca como hoy las actividades humanas, en sus múltiples órdenes y ramas, trascendieron y se manifestaron al exterior en esta sociedad ultramoderna tan EXTROvertida. Sólo la religión, en sus manifestaciones específicas, es la que tiene que replegarse y retirarse al interior, abandonando el ámbito exterior y público. Es el gran triunfo obtenido por el triste fenómeno secularizador de la vida ciudadana que, como avasalladora marea, se extiende por todas partes y del que tan amargamente se lamenta Pablo VI.

Así vamos caminando, a marchas forzadas, hacia la moderna sociedad del todo secularizada, que vale tanto como decir ATEIZADA. De ello es nuevo síntoma la supresión de la procesión del Corpus, que marcará con piedra negra el Corpus de este año 1973, a partir del cual ya no saldrá más por las calles de la capital guipuzcoana el Señor sacramentado.

Salta a la vista la reacción en cadena que en toda la provincia tendrá este penoso hecho. Porque resulta difícil sustraerse al influjo de pauta y de norma que la capital ejerce en los demás pueblos de su demarcación provincial. Se puede, pues, prever que pronto la procesión del Corpus desaparecerá, por desgracia, de todas las poblaciones de Guipúzcoa.

Ante ello, como sacerdotes guipuzcoanos, con el alma partida de pena, no podemos menos de manifestar nuestra consternación y nuestra dolorosa pesadumbre.

HERMANDAD SACERDOTAL DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

COSAS DE MALLORCA

Cada domingo «Diario de Mallorca» nos presenta dos o tres columnas bajo el epígrafe «Siete días de la Iglesia», que firman alternativamente, los encargados del Servicio de Medios de Comunicación Social. Parece tienen interés de ilustrarnos a lo Apostua, Pelayo, Martín Descalzo, etc. Pero el hecho es que a causa de ellos se han dado de baja del ex católico periódico no pocos sacerdotes que todavía no han perdido la cabeza. El reportaje del domingo 24 de junio llevaba la firma de «aggiornado» Darder Brotad, y, naturalmente, no faltaron pichazos a la homilía de monseñor Guerra Campos en su entrada (que, vista por la tele, con dos horas de besamanos, resultó como pocas gloriosamente triunfal, acompañado del cardenal primado) en la diócesis de Cuenca. Al fin y al cabo el gesto del señor Darder (como en otra ocasión el de dos curitas en la revista «Lluc») tiene la efímera importancia del mordisco de pulga en la piel de un león. En cambio, se dejan en el tintero —hasta hoy no lo hemos visto en el «Diario»— el susto que se llevaron los que se reúnen a meditar en Son Rapiña al susurrarse por Mallorca sobre si monseñor Guerra Campos iba a ser destinado a nuestra diócesis. ¿Quieren saberlo mis lectores quepasistas? Pues, temblantes del susto, empezaron a hacer sus planes y determinaron *secularizarse* en caso afirmativo. ¡Pobrecitos! ¡*Cómo se definen ellos mismos*! Y a la vez, ¡cómo ensalzan y hacen más grandiosa, sin pensarlo, la figura del «Obispo de España»! ¡Ah!, señor Darder Brotad, vosotros mismos demostráis el borroso grado de vuestro sacerdocio.

● Teniendo la pluma en la mano, quiero aprovechar la oportuidad para echar también mi cuarto a espadas en el asunto eucarístico de San Miguel. Resulta que, con fecha 21 de julio último, precisamente el mismo día de la solemnidad del Corpus, el párroco de San Miguel repartió profusamente unas hojas ciclostiladas dando a sus fieles cuatro normas para comulgar dignamente. Tengo en mi bufete de trabajo una de tales hojas, recogida en casa de María Luis, una señorita que, sin ser feligresa de San Miguel, acude de cuando en cuando a aquella iglesia para postrarse y orar ante la Virgen de la Salud, que preside una de las capillas laterales. Sólo interesa copiar la norma tercera, que reza así: «COMUNION EN LA MANO. Allí donde está autorizada, se hará presentando la mano izquierda, sostenida por la mano derecha de una manera digna, y tomando la sagrada forma con los dedos pulgar e índice de la derecha, llevarla inmediatamente a la boca, etc.» Y termina haciendo saber que «esta forma de comulgar está más en consonancia con la higiene y dignidad humana».

Se ve con meridiana claridad que el párroco de San Miguel instruye a sus fieles con sofismas, al escribir: «Allí donde está autorizada...», como si lo estuviera en España. No, y mil veces no; en ninguna diócesis de nuestra nación, no hay obispo ni sacerdote que puedan ni siquiera ACONSEJARLO, por grande que sea el interés por la higiene y la dignidad humana. ¿Entendidos, Bartolo?

UN PALMESANO

"AMIGOS DEL OCTAVO DIA"

Por MARIA NIEVES SANMARTI

He sido afortunada. He estado en Cuenca;
he visto a Monseñor, le he saludado,
he hecho humilde acto de presencia.
Me siento muy feliz al recordarlo.

La Virgen de la Luz, primera Dama
de aquella noble tierra de Castilla,
el ósculo de paz, a su llegada,
le dio, como solemne bienvenida.

La plaza... un hervidero, una amalgama:
fervor, expectación, acción de gracias.
Después, la catedral y sus palabras
valientes, responsables, lapidarias.

Un largo besamanos que no acaba...
Cansancio, que no agota su sonrisa.
Es padre, y ya es pastor..., se da a las almas.
Un nuevo amanecer luce en su vida.

Por fin, es todo nuestro. Le rodeamos,
pedimos nos bendiga, y nos bendice.
Y añade unas palabras de regalo.
Marchamos de palacio muy felices.

* * *

Es lunes por la noche. Me dispongo
a ver y oír un nuevo «OCTAVO DIA».
¡Qué lástima, qué corto..., supo a poco...!
En Cuenca, sí que fue de maravilla!...

LA "MAESTRA DE LA VIDA"

Por Teodoro G. RIAZA

La «maestra de la vida» es la Historia. Cuando sus enseñanzas son objetivas, cuando se repiten, cuando nos llegan quintaesenciadas por testigos de excepción, hacen falta razones muy fuertes y profundas y seriamente analizadas para desecharlas.

Hoy día se quiere inventar fórmulas nuevas para una humanidad que, en lo esencial, no cambia. Se pretende marcar rumbos nuevos al comportamiento de los hombres, y para ello se trata de ignorar no solamente el pasado como complejo de hechos materiales, sino como fuente de enseñanzas para el perfecto conocimiento del modo de ser y de las reacciones humanas. Y la realidad nos da que los hechos se repiten y que las circunstancias que condicionan determinadas reacciones humanas se repiten también sin que varíen sus resultados.

Actualmente, como ya hemos dicho, se margina *contra todo Derecho canónico y aun contra el dogma*, la autoridad UNICA de cada prelado en su diócesis... se trata de sustituirla por un *«equipo»*, y aun de ampliar éste acudiendo a *reuniones episcopales* que —carentes de toda verdadera AUTORIDAD— diluyan la responsabilidad UNICA Y TOTAL de cada prelado y ofrezcan una serie de soluciones teóricas en las que, por el momento, no hay la menor unanimidad, sino que más bien han polarizado a clero y fieles en dos grandes campos antagónicos que suelen llamarse vulgarmente «integrismo» y «progresismo».

¿Pueden esas reuniones ser la panacea *ahora*, en circunstancias que queremos llamar «nuevas»?

Para contestar a esto hemos acudido a *esa* «maestra de la vida» que es la Historia expuesta por algunos de sus grandes maestros, sin que pretendamos agotar el tema con las pocas citas que vamos a aducir, pero cuyas afirmaciones no han sido refutadas ni por otros historiadores ni por la realidad de la vida.

San Gregorio Nacianceno, uno de los grandes padres de la Iglesia, cuya experiencia y autoridad no pueden ponerse en duda, escribe en su *Oratio XXI*, 24: «Salvo un número muy reducido (de prelados) que fue marginado por su insignificancia, aunque resistió por su virtud y que había de quedar como semilla de donde nacería un nuevo Israel bajo la influencia del Espíritu Santo, todos cedieron ante las circunstancias, con la única diferencia de que unos cayeron antes y otros después; que unos se mantuvieron firmes en la primera línea de los campeones y otros fueron jefes de la impiedad vencidos por el miedo, por el interés, por la lisonja o, lo que aún es más inexcusable, por su propia ignorancia.»

Y esto no lo dice una sola vez el gran doctor de la Iglesia, sino que lo recalca más y más hasta llegar en su *Carta* núm. 129 a decir: «Me siento inclinado a evitar todas las conferencias de obispos, porque jamás vi una que tuviera feliz resultado o que remediase los males existentes, sino que, por el contrario, los agravaron». Ya se entiende que aquí no entran los Concilios legítimamente convocados y cuyas decisiones son confirmadas por el Papa como Cabeza de la Iglesia.

Pero si aquí no aducimos una serie de fuentes históricas para corroborar esa afirmación, las ha estudiado detenida y seriamente el cardenal Newman, que hace una recapitulación en «Rambler» (julio de 1859, pág. 214). Hela aquí: «El dogma de Nicea se mantuvo durante la mayor parte del siglo IV no por la firmeza de los obispos, sino por el común sentir de los fieles. Durante cierto tiempo el conjunto de los obispos falló *en la confesión* de su fe. Hablaron unos contra otros; durante unos sesenta años después de *Nicea* no hubo nada que se pareciera a un testimonio firme, constante, consecuente. Hubo concilios particulares poco seguros, obispos infieles, debilidad, miedo a las consecuencias, desorientación, ilusiones, alucinaciones sin fin, sin esperanza, que llegaron a todos los rincones de la Iglesia católica. Los pocos obispos que permanecieron fieles fueron desacreditados y aun desterrados; el resto se componía de los que engañaban o que eran engañados»...

Por si estos testimonios no bastaran, *Jean Guitton*, cuando aún era el único auditor laico como observador en el Vaticano II, reeditó y comentó las consideraciones de Newman acerca de la crisis arriana en su libro «L'Eglise et les laïcs», editado por Desclée de Brouwer en 1963.

Como comenta «Hora Presente» (Sao Paulo, Brasil, noviembre de 1972, pág. 13): «Los círculos arrianos no operaban en el exterior de la Iglesia. Antes su historia nos demuestra qué peligroso sería generalizar la idea de que fue la incomprensión la que hizo desertores y aun herejes. Porque muchos de éstos no pudieron aspirar a más comprensión ni a mayores facilidades.»

No intentamos calificar aquí a nadie. ¿Pero no se han dado las máximas facilidades y no se ha brindado la mayor comprensión a los prelados de doctrinas tan peligrosas (por lo menos...) como Helder Cámara, Valencia Cano, Méndez Arceo, Alfrink. Suennens, etcétera?

Cuando falta la humildad, cuando se admiten innovaciones contra los dogmas más sagrados, cuando se abren las puertas a aires envenenados, cuando se pasa por una crisis de autoridad, cuando se coquetea con nuevos términos equívocos, cuando se admite un materialismo que lo arrasa todo, cuando la opinión personal se convierte en juez inapelable aun contra verdades que pertenecen al magisterio ordinario de la Iglesia..., ¿no será verdad que las manzanas sanas y las podridas no deben juntarse en un mismo cesto?

Remedios: la fidelidad a la fe como la enseña la Iglesia y su intérprete exclusivo y nato, el Papa; la unión de los buenos para fortalecerse y marginar a cuantos conduzcan al error; la humildad para poner en práctica lo que se debe y no lo que humanamente conviene a uno. Y por encima de todo la oración, que puede alcanzar todo eso.

Papa, obispo fiel, enseñanza incorrupta, docilidad razonable, buena voluntad, caminar alegre en el ámbito de la Iglesia Católica Romana, dirección espiritual para levantarse animosos en las caídas hasta llegar al final. Este es el camino que ninguna asamblea episcopal echará abajo.

Por mor de una respuesta ambigua

El domingo 17 de junio tomó posesión de su nueva sede un obispo que antes la había regido como administrador apostólico. Toda la solemnidad se localizó en el interior de la catedral. Con motivo de tal acontecimiento un diario de la mañana dedicó doble página, con siete fotograbados del prelado, a entrevistarle. Una de las preguntas del reportero Xim Rada fue: «¿Puede ser usted calificado de obispo 'progresista'?» Respuesta de monseñor: «*No me gustaría ser calificado ni de progresista ni de conservador. Ojalá el Señor me ayude a ser 'realista', que quiere decir orientar la diócesis al ritmo que marca el Espíritu Santo, bajo la guía del Papa, en comunión con todos los obispos y las enseñanzas del Concilio.*» Considero que las palabras de monseñor respiran ambigüedad, empezando por lo de «realista», pues todos, quien más quien menos, somos REALISTAS. En cuanto a lo de conservador y progresista, debería de haber concretado un poco, porque hay un progresismo bueno y un progresismo reprobable. Y está a la vista que en su diócesis se mueve un notable grupo de curas progresistas, con retiro-residencia comunitaria en Son Rapiña (la «Covadonga» mallorquina), que nunca han merecido alabanza de la gente sensata: unos visten de cualquier manera; otros, a pesar de su cargo parroquial, no celebran en toda la semana, excepto domingos y fiestas de precepto; unos dejan todo el día abandonada la parroquia por irse lejos a trabajar en hoteles, agencias de viaje; unos se niegan a celebrar misa exequial por los difuntos que son traídos a su iglesia; otros pronuncian homilías de tipo político-socialista; unos huyen de sentarse en el confesionario; algunos frecuentan salas de fiesta, los hay que se ríen de procesiones y romerías, los hay que desmantelan templos haciendo almoneda de ropas y objetos de culto; algunos hacen propaganda de dar la comunión en la mano, es decir, se comportan contrariamente a lo que han ordenado el Papa, el Concilio y la Conferencia Episcopal Española.

Indudablemente asistimos a un PROGRESO tal que, dentro de diez años más, nuestra diócesis no se parecerá a lo que era antes. Por de pronto ya llegan a 37 los sacerdotes que se han secularizado, y otros que esperan el rescripto de Roma para casarse como los anteriores.

Con todo, nuestros espabilados «progresistas» se saben alegremente y se sienten satisfactoriamente amados con afectuoso amparo por monseñor. ¿Pruebas concretas? Sólo una, pues es suficiente: en un hotel, cuarenta de esos curitas, sin el más mínimo distintivo sacerdotal, celebraron una comida de compañerismo con el administrador apostólico, quien vestía camisa blanca y corbata. No fue invitado ningún cura conservador, como se presupone. Hay un canónigo que cada año se niega a formar en la solemne procesión del Corpus Christi ¡¡POR MOTIVOS DE CONCIENCIA!!, y, sin embargo, fue elegido por S. E. para consultor y orientador de religiosas. Y ya que mencionamos a estas «sorores», añadiré que un grupo de monjas de clausura estricta se encontraba en la Seo, entre la muchedumbre, durante la indicada fiesta del 17 de junio. Por lo visto, monseñor había enviado invitación por escrito a todos los monasterios. ¿Qué más? Queda tela para alargar el historial; sólo recordaré la estupefacción de todos los párrocos de la capital cuando el administrador apostólico les propuso como modelo la parroquia de la Encarnación, de la cual se alejan muchos feligreses, respecto de la misa, yéndose a oírla en otras iglesias. Un verdadero adelanto.

● En el mismo diario, y en igual fecha, un joven cura bajito (de los que, desobedientes, visten de colores y desdeñan la celebración de la misa en toda la semana, alejados de la parroquia durante la jornada, pero percibiendo religiosamente la nómina del Estado) salió una vez más a darnos lecciones de vida socio-política, charlando a lo RUISEÑOR. Naturalmente se metió con el semanario madrileño ¿QUE PASA?, y después nos dirá que no lo lee. Pone este parrafito: *También el mundo sacerdotal tiene sus ídolos en los monseñores Guerra Campos y Castán Lacoma junto al padre Venancio Marcos. «Iglesia-Mundo» es su principal órgano de difusión y están englobados bajo el nombre de Hermandad Sacerdotal.* La revista de que no se burla Gabrielito (quien obliga a los niños a que le tuteen, como un chico más) es la de Martín Descalzo, la de sus preferencias, «Vida Nueva», que si da pan, muchas veces lo ofrece envenenado.

X. X. X.

LA PRENDA DE LA GLORIA

Por José María PEREZ, Pbro.

Para todo fiel cristiano esto es la gracia: la prenda de la gloria. Bien consoladora aquella antífona de la solemnidad del *Corpus Christi*, que en no pocas ocasiones repetimos, y así dice:

«Oh sagrado convite en que se recibe a Cristo, se renueva la memoria de su Pasión, se llena el alma de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura.»

Todos los Sacramentos de consuno tienen por finalidad comunicarnos gracia: la gracia sacramental. Y, como enseñan los padres y doctores de la Iglesia, la gloria es la «continuación» de la gracia. ¡Aquí, gracia; allí, gloria!

Con honda y emocionada gratitud habla San Pablo de la gracia en su primer epístola a los Corintios. Así dice:

«Yo soy el ínfimo de los apóstoles; ni soy digno de ser apellidado apóstol, ya que perseguí a la Iglesia de Dios. Mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y esta su gracia que me fue dada no resultó estéril, antes me afané más que todos ellos; bien que no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo» (I Corintios, 15, 9-10).

● ¡La gracia de Dios! ¿No es como su auxilio constante? Y ¿no llegaremos así a la posesión de la gloria futura?

Cierto filósofo chino había sido, primero, seguidor de Confucio; luego se hizo seguidor de Buda, y finalmente se convirtió al catolicismo de la Iglesia de Jesucristo. Y es el caso que alguien le pidió que expusiera, en breves palabras, la diferencia que hay entre las tres religiones.

Así dijo el filósofo:

—Supón que un hombre ha caído en un hoyo profundo, del cual hoyo no puede salir.

Confucio cruzaría los brazos, y diría: Bien merecido lo tienes, por haber sido tan estúpido de caerte en él.

Buda se sentiría lleno de simpatía y daría consejos al hombre para salir trepando.

Jesucristo, en cambio, se agacharía y levantaría al hombre hasta sacarle del hoyo.

● Acertado es el pensamiento de Pascal: La ley obliga a lo que da; la gracia da aquello, a lo que obliga. Y la gracia de Dios, ¿no es la prenda de la gloria?

Nuestra sacrosanta Religión cristiana no solamente dice y enseña lo que debemos practicar para poder ir al cielo en la plena consecución de nuestro último fin, que es la gloria, sino que, además, da a los fieles la posibilidad, mediante la vida de Dios en nosotros, que es la gracia.

Dice San Pablo: «Mas ahora, liberados del pecado y sometidos a Dios, lográis como fruto la santidad, y como término la vida eterna. Porque sueldo del pecado es la muerte; mas la vida eterna es una dádiva de Dios por Cristo Jesús, Señor nuestro» (Romanos, 6, 22-23.)

La cual vida de Dios en nosotros, lector pío, se llama gracia. En un árbol alto, supón, hay un precioso fruto. No puede el niño alcanzarlo, pero acude el padre y lo levanta. Con lo que puede el niño alcanzar el fruto.

De una manera semejante es fruto riquísimo la gloria. No podemos, no, alcanzarla con las propias naturales fuerzas. Es Dios quien nos levanta, y la podemos así alcanzar por su gracia. «Se llena el alma de gracia, y se nos da una prenda de la gloria futura.»

● Y la gracia, como enseña el Catecismo de la doctrina cristiana, se nos comunica ante todo por los Sacramentos, y es Nuestro Señor Jesucristo quien opera eficazmente por los Sacramentos.

La parábola o historia del buen samaritano se nos repite con frecuencia, como la parábola de la salvación del mundo. Y te recuerdo aquí la parábola evangélica:

«En esto, un doctor de la ley se levantó, y para ponerle a prueba, le dijo: Maestro, ¿qué debo hacer para entrar en la herencia de la vida eterna? Jesús le respondió: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? El contestó: Amarás al Señor Dios tuyo, con todo tu corazón y toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo. Díjole: Respondiste muy bien. Hazlo así y tendrás vida.

Mas él, queriendo justificarse, insistió con Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Jesús, haciéndose cargo de la cuestión, prosiguió: Cierto hombre mientras bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de salteadores. Ellos, después de despojarle, le molieron a golpes, y se marcharon abandonándole medio muerto.

Casualmente bajaba un sacerdote por aquel camino, y al verle desvió la ruta y pasó de largo. De la misma manera también un levita que llegó a aquel lugar, desvió la ruta y pasó de largo. Pasó un samaritano que iba de viaje; llegó junto a él, y al verle se le quebrantó el corazón. Se le acercó; derramó sobre sus heridas aceite y vino, y las vendó. Luego le montó sobre su propia cabalgadura; le condujo al albergue y le tomó a su cuidado.

Al día siguiente, sacando dos denarios los dio al hospedero, con la encomienda: Cuídate de él; y lo que gastes de más, yo a mi retorno te lo abonaré. ¿Cuál de entre esos tres, a tu parecer, se comportó como prójimo del que cayó en manos de los salteadores? Respondió: Aquel que usó de misericordia con él. Díjole Jesús: Anda, y pórtate tú de la misma manera» (Lucas 10, 25-37).

● El hombre que yace herido en tierra y sin auxilio alguno, es la humanidad después de la caída original. El Buen Samaritano es Nuestro Señor Jesucristo. El aceite y el vino son los Sacramentos. Y la posada o el albergue es la Iglesia de Jesucristo.

Será ello sólo una acomodación, por ventura; pero ayuda a ver en los Sacramentos (y así es) una actividad personal de Jesucristo: que, por consiguiente, da siempre gracia a los hombres. «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien permanece en Mí y yo en él, éste produce fruto copioso, porque separados de Mí nada podéis hacer. Si alguno no permaneciere en Mí, se marchitará y será arrojado fuera» (Juan 15, 5-6).

● No, no se perderá por Jesús; por nosotros tan sólo podría perderse, de no querer cooperar a su gracia. La gracia, como sabes, es un don gratuito de Dios: nos lo enseña la Teología. Y «gratuito» quiere decir sin mérito o merecimiento por parte nuestra, para obteneros la gracia o favor que Dios nos hace, cuando quiere y como quiere.

Debemos siempre disponernos para conseguirla y no perderla. Y bien conviene tener presente esta verdad teológica, juntamente con estotra: No nos es posible saber nunca «con certeza» si estamos en posesión de la gracia de Dios, excepto si El mismo nos lo revelara expresamente.

Así que debemos siempre «cooperar» a ella. «Velad y orad para que no sucumbáis a la tentación. El espíritu, ciertamente, es valeroso, mas la carne es débil» (Mateo 26, 41).

● Edificante, a este propósito, es la respuesta de Juana de Arco al tribunal que la juzgaba bajo las acusaciones de herejía, brujería y otros crímenes. Sus jueces eran el obispo Cauchon y un inquisidor, asesorados por una veintena de profesionales, entre los que abundaban los doctores y abogados más renombrados. Algunos de estos sabios emplearon, durante el proceso, la agudeza de su refinada malicia, al estilo de las argucias de escribas y fariseos contra Jesucristo.

Pues bien, una de las preguntas capciosas con que intentaron entrampar a la santa fue ésta:

—¿Estáis segura de que os halláis en gracia de Dios?

Si respondía «sí», la condenarían como hereje; si decía «no», se entendería que confesaba su pacto con el demonio. ¡También la condenarían!

Pero la santa contestó con esta famosa respuesta:

—Si estoy en gracia de Dios, quiera Dios conservarme en ella; si no estoy, quiera Dios concedérmela.

● Todo cristiano puede repetirlo, aun el más santo: pues nadie puede afirmar «con certeza» que está en gracia. Escucha a San Pablo:

«Cuanto a mí, me importa una nonada ser juzgado por vosotros o por un tribunal humano. Ni siquiera oso juzgarme a mí mismo. Porque si bien de nada me acusa la conciencia, no por esto quedo justificado. El que me ha de juzgar es el Señor. Por tanto, cese del todo este vuestro prurito de juzgar antes de hora, hasta que venga el Señor, el cual sacará a luz lo escondido en las tinieblas y hará patentes las intenciones de los corazones. Y entonces recibirá cada uno la alabanza que de Dios viene» (I Corintios 4, 3-5).

¡La prenda de la gloria! Diariamente muere no sé qué de hombres, diariamente se dicta no sé qué de sentencias. Entre ellos hay hombres de todas clases: condes, príncipes, lores, marqueses, barrenderos, picapedreros, gitanos. Todos mezclados llegan a juicio. De vez en cuando allí llega un rey, un papa...

Que no tienen distintivo alguno, van sin corona, ni tiara; no ostentan la púrpura sobre sus hombros, ni el armiño, ni el frac, ni el «smoking». No se admite allí si no un vestido: el de la GRACIA. Este es el de entrada en el cielo. Todo el que lleva «vestido de boda» (Mateo 22, 12), verá ante él abrirse las puertas del cielo.

● La gracia de esta vida se convierte en la gloria de la otra. En el cuarto cielo del PARAISO, Dante y su guía Beatriz son recibidos por muchos bienaventurados, que se colocan a su alrededor, resplandecientes como soles. Entre ellos se cuentan Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura. Estos nombran a otros santos que responden a algunas preguntas, no expresadas, de Dante.

Una cosa que pregunta el poeta es:

—¿Qué sucederá con el glorioso resplandor de las almas luego de haberse juntado a sus cuerpos en la resurrección? ¿Desaparecerá o disminuirá el brillo del alma?

Y a esa pregunta responde el rey Salomón, amante de la sabiduría y el más radiante espíritu del primer círculo:

—La luz que brilla en nosotros durará tanto como el cielo mismo. Es la luz de la gloria. Su fulgor está en relación con nuestro aumento de gracia en la tierra. Es la luz con la que vemos la visión de Dios. Cuanto es mayor la luz, mayor es nuestra visión y más ardiente nuestro amor (*Paraíso*, Canto XIV).

¡La prenda de la gloria!

SI FUERA POSIBLE... [3] *Por Antonio Pacios, M. S. C.*

EN LA CONSAGRACION «POR MUCHOS» NO ES LO MISMO QUE «POR TODOS».—Es frecuente oir que la discusión entre el «por muchos» y «por todos» es puramente bizantina, ya que en la Escritura «por muchos» significa exactamente lo mismo que «por todos».

He aquí una afirmación gratuita y falsa que no tiene más base que el número de los que, presentándose como peritos, así lo afirman, y el número de papanatas que sin examen alguno se fían de esos seudoperitos. Por eso conviene examinar esa afirmación.

En primer lugar, es evidente que «muchos» no es en sí y por sí, necesariamente, lo mismo que «todos»: ciertamente no son dos palabras sinónimas.

Supongamos —es sólo un suponer— que se demostrara que en algunos o muchos casos, «muchos» en la Escritura es igual que «todos». La equivalencia valdría únicamente para los casos concretos demostrados, pero no sería aplicable a los demás, de lo contrario no habría modo posible de expresar en la Escritura el sentido «muchos» como distinto de todos. Ahora bien, es cierto que nadie ha demostrado que en la consagración del vino «muchos» sea lo mismo que «todos». Es más, vimos en el apartado anterior que la misma Iglesia ha entendido «muchos» como algo diferente a «todos».

Y mientras no se demuestre esa identidad en el caso concreto, lo obvio es usar las mismas palabras de Cristo, con la intención de darles el sentido que El les dió, sin meternos a interpretarlas. Los que de propia iniciativa cambian con su interpretación las palabras pronunciadas por Cristo no pensamos difieran de los testigos de Jehová, que del hecho de que a veces la palabra «es» pueda traducirse por «significa» —al ser usada en expresiones metafóricas—, lo aplican a la consagración del pan y del vino diciendo «esto significa mi Cuerpo..., esto significa el cáliz de mi sangre». pero no lo «es».

En segundo lugar, no se demuestra en modo alguno que en el Nuevo Testamento la palabra «muchos» signifique ordinariamente «todos», ni siquiera muchas veces «todos». Es más, creemos que está sin demostrar —aunque esa demostración para nada serviría— el que «muchos» sea idéntico ni una sola vez a «todos» Tal identidad se afirma con osadía, pero no hemos visto la demuestre nadie con claridad.

Tomemos como ejemplo Rom., 5, 12-21: es, creemos, uno de los lugares que se prestaría más a establecer —para ese lugar— la identidad de significado entre «muchos» y «todos», ya que hay un juego recíproco de *pantes* y *polloi*. Así, en el v. 12 se nos dice: «A todos los hombres pasó la muerte, en quien todos pecaron»; es la universalidad del pecado original. Y en el v. 15: «Por el delito de uno *los* muchos —hoi polloi, con artículo determinado— murieron», en que esos muchos, en concreto, son todos los hombres, como consta por el v. 12. Pero ni aun aquí hay identidad. En primer lugar, adviértase que en todo este pasaje (Rom. 5, 12-21), siempre que sale la palabra «muchos» sale con artículo determinado «los muchos», mientras en las palabras de la consagración se dice «por muchos», sin artículo. Por lo que de este pasaje nada podría deducirse acerca del significado de «muchos» en las palabras consacratorias. En efecto, «los muchos» equivale a «la multitud», «la muchedumbre»: y la «multitud» formalmente insiste en la grandeza del número, prescindiendo de si son todos o no.

Pero aun hay más: ni siquiera aquí «los muchos» significa simplemente «todos» los hombres. Cuando se trata de la universalidad del pecado original (5, 12), o de la universalidad del valor de la redención de Cristo (5, 18), San Pablo usa de la palabra «todos —pantes— los hombres». Cuando se trata de a quiénes se aplica de hecho la redención de Cristo, de quienes gracias a ella son constituidos justos, usa la palabra «los muchos» (5, 15, 19). Y es evidente que ese «los muchos» o esa multitud no significa todos los hombres, pues ni todos son de hecho justificados. ni todos se salvan.

Precisamente por eso, por el distinto significado de «muchos» y «todos» —aqui de «los muchos» y «todos»— San Pablo, al hacer la contraposición entre la acción de Adán y sus frutos, y la de Cristo y sus frutos, abandona la palabra «todos», porque no todos se salvan en Cristo —cierto que por culpa suya, por permanecer «hijos o simiente de la serpiente»—. Y así, al hacer la contraposición, considera los contaminados por Adán atendiendo a su gran número —aunque de hecho sean todos— para oponerle el gran número de los justificados por Cristo —de hecho, sólo los que creen en El, no todos los hombres—. Precisamente esa contraposición, para ser verdadera, exigía el abandono de la palabra «todos», y la adopción de la palabra «los muchos», pues ni todos se salvan ni todos son justificados. Cuando, pues, San Pablo habla de los muchos contaminados por Adán, no atiende a su universalidad, sino al número grande a quienes se extiende, para decirnos que también la santificación de Cristo se extiende a un gran número —a cuantos creen en El.

Como es fácil de ver, este aparente cambio de «todos» a «los muchos», lejos de demostrar identidad, muestra la radical diferencia de significado que para San Pablo hay entre «todos» y «muchos». Gracias a esa sustitución pudo San Pablo hacer la comparación entre la acción de Adán y la de Cristo, sin por ello afirmar que todos los hombres sean de hecho justificados o salvados. Y gracias a la confusión entre «todos» y «muchos» en la traducción de las palabras consacratorias, se nos quiere introducir la herejía de que todos los hombres se salvan, todos son justificados de hecho, todos son ovejas de Cristo, todos «simiente de la Mujer», nadie «simiente de la serpiente».

Si reflexionaran esto los de la Hermandad Sacerdotal quizá no quedaran tan tranquilos como muchos de ellos parecen estarlo, creyendo que con ello obedecen al magisterio de la Iglesia, cuando en realidad sólo obedecen al magisterio de una iglesia local, separándose con ello del Magisterio de la Iglesia universal, expresado en la forma que nos propone en el misal el Pastor supremo.

CARTA AL DIRECTOR

¿TAMBIEN EN HUESCA LOS DEMOLEDORES?

Muy señor mío: Como respuesta al autor de la desgraciada «crónica» de Huesca (servicio especial) inserta en «El Noticiero», de Zaragoza, fecha 22 de junio pasado, titulada: «LAS PROCESIONES ESTAN EN REGRESION RAPIDA COMO LO DEMUESTRA LA DEL CORPUS CHRISTI», le ruego acepte la publicación en ¿QUE PASA?, por no tener cabida en el diario zaragozano, del siguiente escrito:

La «crónica» enviada desde Huesca con motivo de la procesión del día del CORPUS CHRISTI reviste un carácter no grave, sino gravísimo y escandaloso, como vamos a demostrar:

1.° El autor de la «crónica» se oculta en el anónimo. ¿Qué puede temer si la razón le asiste?

2.° El cronista no siente vergüenza en afirmar «su dolor y nostalgia» ante los hechos que narra, añadiendo más adelante: «A quienes les duela, que cada vez son menos, debieran arrimar el hombro para que no se derrumbe el edificio» (se refiere a las procesiones). ¡Qué sarcasmo!

3.° Tanto las cofradías como colegios, asociaciones católicas, etcétera, tienen sus asesores eclesiásticos, ¿quiénes son los responsables de la no asistencia?

4.° ¿Por qué no asistieron a la procesión las niñas de la primera comunión cuando estas angélicas criaturas gustan cándidamente exhibirse en estos días?

5.° El cronista procura paliar los efectos de su funesta «crónica» con el fracaso del desfile de «gigantes y cabezudos». ¡Esto es el colmo!

6.° ¿Quiénes son los responsables de las parroquias que no voltearon las campanas la víspera del CORPUS CHRISTI?

7.° ¿Quién responde de esta campaña tan demoledora como sectaria contra la verdadera Iglesia de Cristo?

8.° Que el cronista tenga la valentía de manifestarse para no hacernos dudar de que aún cree en la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento.

9.° ¿Cómo se explica que el señor obispo de la diócesis de Huesca (auxiliar), don Javier Osés Flamarique, que ofició en el terno, se viese abandonado por los miembros de cofradías, colegios, Acción Católica, niñas de la primera comunión, banderas, estandartes, cofradías, priores, etc., y sólo asistido por quienes «arriman el hombro para que no se derrumbe el edificio»? ¡Increíble!

10. Esta «crónica» nos da a entender que la diócesis de Huesca está en franca disolución y permanente anarquía.—*T. G. P.*

NOTAS SUELTAS

MAS DE QUINIENTOS SACERDOTES OBREROS EN ESPAÑA

MADRID. (CIO.)—Según informes de prensa que aparecieron, en primer lugar en «Cambio 16», el número de sacerdotes obreros que hay en la nación es de algo más de 500. La diócesis que más tiene es Barcelona, luego Madrid.

Bien está saber el número, pero gustaría saber el resultado de todos y cada uno.

SECTARISMO DE CIERTAS COMUNIDADES Y REVISTAS

BADAJOZ. (CIO.)—De «escalofriante» califica el «Boletín del Obispado», de Badajoz, en un editorial, lo que pasa en ciertas reuniones y ciertos coloquios en los que prevalece un espíritu sectario y de división. La cosa se agrava aún más en ciertas revistas o publicaciones, sistemáticamente sectarias, en la información y la formación y, por tanto, de espíritu cismático.

TARRAGONA SIN CLERO

TARRAGONA. (CIO.)—La situación de la diócesis de Tarragona es francamente alarmante, según el «Boletín Oficial de la Diócesis». El promedio de edad de los sacerdotes se sitúa en los cincuenta años. En el seminario mayor ingresaron sólo CUATRO alumnos. De 1967 a 1972, mientras sólo se ordenaron 18, murieron 29 y 11 colgaron los hábitos.

A LA CAZA DE VERDADES

Por M. SEMPRUN GURREA

¡VAYA TRAGADERAS!—En un convento-parroquia, de los muchos habilitados últimamente para esta doble función, se celebró hace algún tiempo —a hora conveniente para ser visto y notado— el enlace de una mujer y un ex fraile, quien hasta no mucho antes celebraba, en el mismo templo, la misa y escuchaba confesiones sin privarse, eso sí, de ver a su «futura» y mantener con ella amplia correspondencia. Ya sabemos que está permitida —y lamentada, como casi todo lo nuevo: permitido y lamentado— la secularización, pero eso no quita para que perduren ciertos sentimientos de honorabilidad y delicadeza que eviten imponer a los demás la vergüenza de nuestras desgracias o de nuestras íntimas necesidades. El hombre que ha tenido la mala fortuna de no acertar en su primera elección, de haber equivocado «la llamada», de carecer de fuerza para perseverar o de *no* recurrir a la oración pidiendo el don de la perseverancia, de hallarse en estado de desequilibrio o de mirar con jactancia hacia un futuro que atribuía a sus propios méritos, y no a la misericordia de Dios; el hombre, en una palabra, que perdió lo mejor por lo bueno, merece nuestra caridad, nuestra comprensión, pero nunca nuestra enhorabuena. Para poner un ejemplo: imaginemos a un director de prestigiosa y gran empresa que al cabo de algún tiempo reconoce su incapacidad para semejante cargo o admite sinceramente que le fue concedido por «enchufe»; renuncia a ello y queda en la compañía de portero. Trabajo muy digno y honrado pero completamente distinto, y no precisamente para ser felicitado por su ascenso. Otra cosa sería si ya de primera intención hubiese solicitado este último puesto.

El matrimonio, elevado a la dignidad de sacramento es en sí algo noble y santo. Dios mismo mandó al hombre que, unido a la mujer, creciera y se multiplicara. Todo esto fue dicho antes de que la concupiscencia penetrara en el Paraíso por el pecado, que *no* era en su primera causa, la unión carnal, sino la soberbia y la desobediencia al Creador, lo cual convirtió esa unión en lujuriosa. Pendiente abajo, el hombre llegó a tal punto, que Moisés, el insigne legislador, *permitió —no aprobó—* la poligamia, por ser tan duro el corazón como la cerviz de aquel pueblo que iba, en su día, a rechazar al Mesías. Los que no se aprovechaban del permiso eran más conformes con la voluntad de Dios; la prueba es que al llegar Jesucristo terminó la poligamia y proclamó bien claro la superioridad excelsa de la virginidad sobre cualquier otro estado. El haberla perdido es lo que más lloraba y lamentaba el «águila de Hipona», a quien nadie que sea hombre se atreverá a negar su conocimiento de lo natural y de lo sobrenatural y su sabio enjuiciamiento de lo uno y de lo otro. Sus cartas de admiración y santa envidia, a quienes la conservan, son, *por lo menos*, tan dignas de tener en cuenta como puedan serlo los escritos de un redentorista, ávido de estar a la moda, o de cualquier exclaustrado, próximo a la senectud, que acuse en su mente los estragos de una concupiscencia que *no* se frenó. Es muy posible y deseable que no dure mucho el actual menosprecio a lo sublime y la tendencia a la animalidad irracional hoy tan marcada. Algún sucesor del Pontífice reinante, dándose cuenta de los luctuosos efectos de estas concesiones, impondrá leyes que realizarán lo que, al fin y al cabo, desea ahora Pablo VI, al constatar y con frecuencia lamentar el mal causado por bondadosos permisos.

Quizá nunca haya habido época tan espantosa como la nuestra, pero hay que señalar que el martirio moral de los santos que aún viven ha alcanzado alturas insospechadas debido a que quienes lo infligen se llaman católicos y son, a veces, de nuestra propia sangre. No ha mucho murió una madre al enterarse de que su hijo, miembro de una Orden religiosa, había contraído matrimonio, y otras, cuya naturaleza sea más robusta o cuya «hora» no ha llegado, viven penando.

Las debilidades que algunos hayan podido tener, lo que podríamos llamar culpas temporales, pueden conducir a una gran humildad cuando llegue el arrepentimiento, que no trata de justificarse, mientras que el hecho de casarse y con la agravante de usar el mismo altar donde se han celebrado misas, es un desafío al Espíritu Santo.

¡Tragaderas las de los familiares que festejaron el acto! ¡Tragaderas las del párroco que lo permitió o las del «auxiliar» que lo impuso!... Problemas los de los niños de la familia que preguntasen: «¿No era este padre el que me dio la comunión? ¿No fueron sus manos las que me absolvieron?» ¡Manos consagradas! ¿Qué destino os espera? ¡Tragaderas más grandes que las de una boca de alcantarilla las de la fémina que se casa con un ex cura! Muchas lo han deplorado desesperadamente, acudiendo al divorcio, la droga y hasta el suicidio. En Estados Unidos estos casos se multiplican. Algunas han tenido la nobleza de alertar a sus hermanas, como la francesa cuya carta publica toda la prensa de aquel país. Su mayor espanto era que, aunque ya separada, era para siempre esposa de «sacerdos in aeternum». El, por el mero hecho de casarse, no había dejado de serlo y aunque en la gloria no habrá marido, lo había habido en la tierra.

Ella lo consideraba más bochornoso que ser hija de cura, pues, con razón hacía la diferencia entre lo impuesto a uno desde antes de nacer y lo elegido por uno con uso de razón y fe, por añadidura. El final de su carta parecía un desolador sollozo espiritual. Caso muy excepcional. Lo corriente es que la sensibilidad de la mujer, en este aspecto tenga más de la aspereza de la piel del rinoceronte que de la suavidad de la nutria; además, domina en ella el instinto que la hace apetecer todo lo prohibido; la serpiente lo sabía cuando se dirigió a ella en vez de dirigirse a Adán, menos ansioso siempre de infringir leyes o satisfacer curiosidades vulgares o malsanas; pero, al mismo tiempo, más ingenuo en creer que cuando su «costilla» le aconseja solamente busca su bien. En los clérigos «donjuanes» modernos tiene su gran parte la vanidad; se creen tan irresistibles que la hembra, ahogando escrúpulos, pasa por todo con tal de conquistarle; cuando lo único que ha hecho es acuciar ese instinto de lo prohibido, innato, que en la actualidad se ha desarrollado porque la serpiente lanza su baba venenosa desde todos los árboles del camino. Parece que estamos muy cerca del asalto mencionado en la Biblia de siete mujeres a un hombre pidiendo les libre del oprobio de la soltería, ofreciendo, en cambio, trabajar para mantenerle. En muchos países ya está en marcha y cada día irá a más si triunfa el movimiento, comenzado en Estados Unidos y conocido por el nombre de «Women's Lib» (liberación de las mujeres). Esta liberación consiste en librarse del pudor y de la vergüenza...; es decir, de lo poquito que en algunas queda... El ambiente moderno favorece la agresividad femenina, que ha llegado a tal punto que se podría comparar con la de la camella en celo (el más feroz y espantoso animal, en estos casos), más bien que con el de otro irracional pequeño y, en general, amigo del hombre. La vanidad que proporciona el triunfo cuando se trata de la conquista de un ser consagrado a Dios es típicamente satánica.

El demonio dijo a Eva: «Seréis como dioses.» La mujer dice a Dios: «Podré más que tú»..., y el cura progresista se come la manzana enjuagada en el «lavafrutas» de la condescendiente secularización... Hay también una partecita de cosa nueva, que está de moda, y si estuviera de moda algún día vestir decentemente, la mujer era capaz de hacerlo...

¿Quién es el sacerdote? ¿Qué es el sacerdote? ¿Contestaremos copiando lo que dice Santo Tomás en la tercera parte de la «Suma teológica» respecto al sacerdocio? O ¿citaremos a Pablo, o a Agustín, o a San Bernardino de Siena, que tres veces renunció a ser obispo, pero que acudió a la llamada de Cristo abandonando su elevada posición social, su entrañable ambiente familiar, para hacerse, en el sacerdocio, todo de Cristo? No tenemos espacio en un artículo; lo resumiremos en cinco palabras: otro Cristo en la tierra. Es un hombre como los demás; de acuerdo; también lo era Cristo siendo Dios al mismo tiempo. El sacerdote es, además de hombre, un sacerdote... un elegido, es una «primicia —rescatado de entre los hombres— ofrecida a Dios y al Cordero» (Apocalipsis 14-4). Sacerdote, según el sacerdocio de Cristo, que, a su vez, era sacerdote «a semejanza de Melquisedec». Sacerdocio constituido con juramento por parte de Dios: «Juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre.» (Heb. 7,17-20). (Pablo interpreta aquí las palabras del Salmo 110.)

El sacerdote es superior al ángel y, comprendiéndolo, nuestros antepasados nos transmitieron la piadosa leyenda del ángel que se aparta para que el sacerdote pase primero. Leyenda, porque el ángel, física y materialmente, no estorba el paso, pero realidad en cuanto a la mayor dignidad que precede. Se comprende que Satanás, que no pudo aguantar la idea del Hijo de Dios hecho hombre, menos aguante la de un simple mortal en cierto modo divinizado, con poderes para que, al pronunciar unas palabras, Jesucristo baje a la tierra; con poderes para que, al pronunciar otras, hagan sitio en el cielo al más grande de los pecadores. La rabia satánica, en parte reprimida y por tanto acrecentada durante siglos parece haberse desahogado en esta malhada mitad del XX, durante la cual, por designios misteriosos, tiene libertad para atacar y sus ataques no carecen de variedad. Ya los conocemos: infiltraciones en la Iglesia de sus peores enemigos, seminarios fundados por comunistas para entrenar a los suyos a ser sacerdotes para destruir por dentro; la herejía triunfante y no castigada; Sodoma y Gomorra no sólo sobrepasadas, sino justificadas; la democracia apellidada «cristiana»; de cada doce apóstoles, uno o más Judas, que, por desgracia para los fieles, no se ahorcan, sino que aseguran que uno puede ser marxista y buen católico, que hay que tener amistad con la masonería; que «hay que buscar en otras religiones las verdades que nos faltan» (obispo Gand, de Lille, Francia); los nuevos catecismos: francés y holandés —éste exhibido con tanta complacencia e invitación a comprarlo en casas profesas de jesuitas— y tantos «etc.» que no cabrían ni en un artículo ni en varios volúmenes.

Sin embargo, lectores, ninguna de estas maldades mencionadas es el arma peor (mejor, para él) del demonio. La peor es el poco aprecio que se hace del orden sacerdotal por culpa de las más altas jerarquías, que han permitido su desacralización, su rebajamiento, su degradación: sed como los demás hombres, vestid como ellos, hablad como hablan, divertíos como se divierten, aceptad lo que aceptan, seguid la corriente, los «signos de los tiempos, «etc.» Si no lo hacéis así, *no* os «realizáis». Y, por fin, mediante presiones, compromisos, planeamientos, todos infernales, se ha lanzado la consigna blasfematoria: ¡Incorporaos al mundo! Y así lo han hecho los curas modernistas...

Para los otros, a los que se pretende injuriar llamando «integrista» —que viene de íntegro— son las palabras de Jesús: «Si el mundo os aborrece, sabed que antes me aborreció a Mí. Si fueseis del mundo, el mundo os amaría; pero como *no* sois del mundo, os aborrece. Si a Mí me han perseguido, os perseguirán. Si hubiesen guardado mi Palabra, también guardarían la vuestra... ¡No son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo! ¡Conságralos (Padre) para el Ministerio de la Verdad!

(Proseguiré, D. m. el mismo tema bajo otro título.)

Yo soy reaccionario y a orgullo lo tengo

Por Alfonso de Figueroa y Melgar, Duque de Tovar

Según el Diccionario de la Real Academia española, reaccionaria es quien propende a establecer lo abolido y también quién es opuesto a las innovaciones. Reaccionario viene de reacción, palabra que entre sus seis acepciones tiene la de acción orgánica que propende a contrarrestar la influencia de un agente morbífico. Soy un reaccionario en el sentido de que hay instituciones abolidas que lo fueron por la maldad de los hombres, por su idiocia, y no porque fueron malas o inoperantes. Opuesto a las innovaciones no soy por principio. Hay novedades muy buenas, pero hay también novelerías nocivas o simplemente tontas. A este afán de innovar por innovar me opongo. Y mucho más al afán de destruir por destruir. No estoy de acuerdo, en absoluto, con el apuesto profesor López Aranguren, quien dice en reciente publicación de su minerva «que en la destrucción ya se construye algo». ¡Menuda logomaquia y menudo retruécano! A los que tienen el afán diabólico de la destrucción les recomiendo que antes de ponerse a usar la tea incendiaria construyan algo mejor, que si es realmente mejor que lo que existe en la actualidad, lo inútil o malo desaparecerá y sin lucha ganará lo bueno. Cuando se inventó el motor de explosión no hubo que decretar la matanza masiva de cocheros y aurigas ni de mulas y caballos, o hacer chatarra automáticamente de los carromatos. Poco a poco fueron éstos desapareciendo, y hoy los caballos son sólo piezas de lujo para carreras y concursos hípicos, y los burros y mulas sólo sirven para hacer chorizo adulterado.

Las cosas no son buenas en sí ni por su novedad ni por su ancianidad. Son buenas si lo son «per se». La ballesta, por ejemplo, es un arma venerable, museística, obsoleta y bella de forma. Por desgracia se mata mucho mejor con una ametralladora. Los accidentes de tránsito son muy modernos y nada gratos. En fin, ya me entienden ustedes.

En lo que sí soy también reaccionario furibundo es en el sentido de que hay que propender a contrarrestar la influencia de los agentes nocivos y morbosos. Lo contrario es suicidio, y sólo se suicidan los débiles, los cobardes y los locos. Ante la subversión organizada en guerrillas urbanas y de las otras, ante el crimen gratuito, ante la garrulería papanática del esteta que se estremece de placer ante cuatro hierros retorcidos o sublimes patatas áureas del Museo de la Castellana, y ante los memos eclesiásticos que se declaran marxistas no militantes; ante la golfería elevada a paradigma de vividuras ejemplares; ante todo eso y mucho más, reaccionamos.

Porque entre otras cosas queremos sobrevivir. Ante la apología de la inversión intelectual y de la otra, reaccionamos y reaccionaremos. No nos dejamos dar felino por lepórido, así como así.

La masa masificada —no el noble pueblo que es orgánico y vital— es necia, estulta y feble, y se traga como los tiburones, hasta electrodomésticos inútiles e indigestos con su envoltura de plástico y todo. Nosotros no: tenemos úlcera de estómago producida por la ingestión involuntaria de mucha bazofia literaria benética, artística, intelectual, carismática y neumática telardiana, y por placer no ingurgitamos tan inmundos manjares. Si no reaccionamos, los de gules de «toda la vida», ayudados por los beatíficos y metíficos compañeros de viaje psicodélico, nos traerán el delicioso comunismo de Cuba o de la China. Si viene el comunismo, el que suscribe se echará al monte con quien le quiera seguir. Reaccionaré. Prefiero vivir con honor y morir con las botas puestas a languidecer en su abyecto paraíso socialista. Pero no me hago ilusiones, pues conozco a la izquierda. Si no me echo al monte sería fusilado «ipso facto», pues la zurda diabólica y hasta los que se autocalifican de «liberales» aperturistas, cuando están en el poder en la dulce España amordazan y apiolan a todo el que les molesta. Desde la ya lejana lactancia no me succionó el índice. Mi guerrilla sería legítima defensa y no subversión.

La sociedad posindustrial, la de consumo (más cosumo), la comunista, son sociedades ateas por principios, y si Dios no existe, todo está permitido. ¡Y la gente escindida de ataduras morales y teológicas hace cada barbaridad! Si al hombre masificado repentinamente desencadenado de la droga teledirigida se le deja solito se le ocurren cosas mucho peores que retozar con bellos especímenes del otro respectivo sexo. Eso no pasaría de un pecado muy viejo, muy viejo. Pero en seguida se le coge gusto a la matanza, al pillaje, y en el mejor de los casos al merodeo, la golferancia y la alucinógena grifosa o mescalínica.

Amo la paz y el orden, y el derecho basado en la voluntad de Dios. El otro derecho, el que padecemos, el de las «plurima leges, plurima iniuria», el del capricho hecho ley, será derecho positivo, pero no es «IUS».

La vida no es bella, pero hay que embellecerla, y la vía para lograrlo no es el desate de las pasiones bajunas, la BURROcracia, el desenfreno, la demagogia y la elevación del vagido orgásmico a categoría sinfónica. No, el camino es bien otro.

Es la estrecha senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido. Consiste en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos .

El Evangelio es profundo, pero es diáfano. Sólo la malévola pasión mundana de algunos descarriados exégetas puede complicar su mensaje hasta desproveerle de su inmensa carga de amor y de verdad.

LOS HAY MUY GRACIOSOS

Dime de lo que presumes, diréte de qué careces. Este adagio puede aplicarse hoy día a cuantos gastan el tiempo libre, que suele ser para los tales el de las veinticuatro horas del día, en hablar de la Jerarquía y, con tanto hablar y planear, nos han dejado la Jerarquía en la cuneta. ¿Dónde ha ido a parar la Jerarquía, y conste que lamentamos tener que escribir esto, pero bien sabe Dios que lo hacemos para ver si los dormidos despiertan; dónde está, repetimos, la Jerarquía de muchos, muchísimos prelados que, en vez de ordenar y mandar, previos todos los asesoramientos precisos, pero ordenar y mandar y dirigir los asuntos de su diócesis siguen el dictamen o parecer, las más de las veces descabellado, de quienes se creen iguales?

Público es el ruidoso fracaso de la Conjunta, motivado por el equipo; el fracaso proporcionado a sus superiores por varios de los auxiliares sacados de las listas, y nunca podrá resultar acertado que se consideren por igual titulares y auxiliares, como jamás podrán ser iguales los sacerdotes de una parroquia, en la que, si no hay cabeza directora, nada andará derecho.

Creemos no andar equivocados que la supresión de los párrocos, nombrados en concurso y con plena jurisdicción en sus parroquias, sólo ha traído perjuicios a la Iglesia y es una de las principales causas de la indisciplina y rebeldía posconciliares.

Recordamos de varias diócesis españolas que contaban con centenares de párrocos propios y no recordamos ni un sólo caso de indisciplina. Todos obedecían al prelado y hasta aceptaban la insinuación de cambiar, antes del próximo concurso, de parroquia, si al prelado parecía conveniente.

Se suprimieron los concursos; se extinguió la propiedad en las parroquias y... la obediencia se esfumó. Y resulta que los párrocos no obedecen al prelado, pero ellos tampoco son obedecidos por los coadjutores, y así vemos que no se dirige el obispo a sus diocesanos, sino los abispos; ni el párroco o sus feligreses, sino los sacerdotes de la parroquia. Esto produce la anarquía que reina en muchos pueblos, y como se ha quitado toda aspiración lícita y honesta de mejorar, pues muertos los concursos y oposiciones, se mata el amor al estudio y al trabajo, y si por misericordia de Dios quedan buena parte de sacerdotes cumplidores de sus altísimos deberes, son bastantes los que se dejan guiar del mal ejemplo y abandonan el cumplimiento de los mismos.

Pero desgraciadamente el desprecio a la Jerarquía, culpable en quienes la desprecian, pero también culpables en quienes la dejan despreciar, sigue en aumento y las faltas de respeto de inferiores a superiores están a la orden del día.

Sabemos de reuniones de clérigos, presididas por el prelado, en las que se presentan en traje de paisano, con corbata y sin respeto ni miramiento alguno, y que no dan tratamiento debido al superior que, aunque quiera, no puede ni debe renunciar, pues no es cosa dada a su persona, sí que a lo que representa. Un osado, en una reunión de cierta diócesis, interrumpió al que hablaba para dirigirse a su prelado con esta insolencia: «Señor obispo, quítese usted el solideo.»

¿Qué reacción debió ser la del prelado? A nuestro modesto y creemos que acertado juicio, la de declarar suspenso a tan insolente clerigullo. Pero desgraciadamente la reacción del prelado fue de cobardía, pues se quitó el solideo y se lo guardó.

Esto podrá ser calificado de acto de humildad, pero más bien parece de cobardía, y casos semejantes a éste se dan por docenas, y cada día serán más frecuentes, mientras no se restablezca totalmente la Jerarquía.

Este es nuestro sentir, y como personalmente ni nos va ni nos viene, queremos expresarlo por si hiciese pensar a alguno de los que de buena fe, sin duda, pero completamente equivocados, se creen exentos de amonestar, corregir y castigar cuantas veces sea necesario.

BRUJA VERDE

EL SINODO DE SEVILLA

SEVILLA (CIO).—El domingo día 3 de junio y el pasado 17 fueron las votaciones sobre lo acordado en el Sínodo sevillano, después de siete años de preparación, estudio y deliberación. Según los carteles, este Sínido tenía como fin aplicar a escala diocesana la renovación eclesial propugnada por el Vaticano II, revivir en paz y justicia y caridad con los demás.

El trabajo ha durado siete años, con siete encuestas diocesanas, 115 asambleas menores y más de 10.000 reuniones. El documento final constará de 60 folios, tocando todos los temas que afectan a la vida de la comunidad diocesana: educación, liturgia, vida social, económica...

«El Sínodo manifiesta el deseo de que la dotación del Estado a la Iglesia, sea considerada como ayuda a la prestación al bien común del servicio religioso a que tienen derecho todos los ciudadanos; y, por tanto, que sea recibida por organismos nacionales de la Iglesia que su distribución entre las diócesis», de modo equitativo, abandonando todo de asignación directa a los oficios eclesiásticos por parte del Estado, a fin de que los sacerdotes no parezcan en nada sus funcionarios.

«SACERDOTES Y GARABANDAL»

Por Fr. Jesús Martínez de Abia

De todas las cosas que se han dicho y se dicen contra las apariciones de Garabandal o de todas las que se dicen a favor y se dirán, ¿cuáles pueden tener más fuerza de razón o cuáles las que mueven a los hombres a ser mejores?

Si las que son contrarias negativas se fundamentan en razones solamente humanas que no miran a la realidad concreta del mensaje tan semejante al de Fátima y tienen como resultado la fría indiferencia, la división, el alejamiento de la oración y piedad cristiana, la cual nos hace sentir en justicia y caridad más cerca de Dios por María, ¿quién no tiene derecho a pensar que esta campaña «anti» es promovida por el mismo Satanás suelto, que llega a influir en la mente de algunos desviados católicos e incluso sacerdotes que inconscientes le hacen el servicio de encubrirlo al no hablar y dudar de su existencia?

No podemos menos de recordar aquí la oración que se dirigía antes a San Miguel por los sacerdotes y el pueblo al final de la liturgia de la misa con las tres avemarías. Con pena vieron muchos que se suprimieron, creo que hace algo más de doce años, según mis cálculos.

Existía entonces buena y leal armonía en España, entre la Iglesia, el pueblo y el Gobierno...

Pues bien, he aquí una coincidencia que bajo un aspecto espiritual debería tenerse en cuenta, ante las supuestas apariciones.

Al poco tiempo de abandonar esas oraciones a la Virgen y a San Miguel al final de las misas, comenzó el aviso y la comunicación en Garabandal a las niñas videntes atribuyéndose portadores del mensaje del cielo nada menos que a la Virgen Madre de Cristo y al Santo y glorioso Arcángel.

Los recalcitrantes enemigos de esto dirán que «alguien preparó a las niñas y lo hizo coincidir en aquella fecha»...

Bien; han pasado ya diez años, pero éstos que así «pueden» juzgar creyéndose tan listos, ¿nos pueden indicar la posibilidad de encontrar al autor del engaño, ni siquiera con ayuda de la ciencia? Tiempo han tenido para ello. ¿O es que hemos de coincidir todos en que las chiquillas tal vez fueron más listas...? Por lo visto a los detractores les pareció más cómodo tratar de enterrarlo con una adversa campaña, mas ya hemos visto, en artículos anteriores, los resultados negativos para ellos...

Pero existen otras coincidencias en las que algunos religiosos y sacerdotes que hubieran tal vez dudado al principio reconsideran ahora la cuestión ante las mismas y con un verdadero espíritu sacerdotal ven ahora las cosas desde un punto de vista más elevado, no en vano saben apreciar el significado de su consagración...

Es verdaderamente vergonzoso para tantas cabezas que se tienen por ilustres, responsables, el que las palabras y advertencias de unas niñas de un humilde pueblecito de la montaña se hayan adelantado en algo más de una década al denunciar las apostasías, defecciones y extravíos de una porción del clero y religiosos «que arrastrarían a otras almas con ellos a la perdición», convirtiéndose así en «falsos profetas»...

¿De dónde sacaron aquellas cuatro niñas (hoy jóvenes mayores) la intuición de que tantos sacerdotes se habían de trocar en «perdedores de almas»? Si esto se podía considerar para fuera de las fronteras de España, donde hasta en el camino del extravío se muestran y parece que están «más adelantados», resultaba increíble que en aquel entonces esto pudiera aplicarse en nuestra patria, donde los miembros del clero y religiosos estaban perfectamente unidos a la cabeza y autoridad del Papa.

Así, pues, esa idea que se reveló a las niñas videntes en Garabandal y que a algunos sacerdotes les parecía rechazable entonces, ahora, a medida que pasa el tiempo y viendo la defección y simpatías de algunos con las fuerzas anticatólicas, se nos está confirmando lo anunciado en aquel lugar de la montaña santanderina y aclarando algo de su misterio...

EXTREMA DERECHA Y EXTREMA IZQUIERDA

Por SERAFIN DEL RIO, C. M. F.

Hoy en la Iglesia católica, ¿es lícito el diálogo? No pregunto por la licitud moral, si es pecado, sino por si todos los jerarcas de la Iglesia permiten, autorizan, el diálogo. Porque estoy seguro que monseñor Buxarráis tiene muchos, no digo seguidores, sino muchos y muy poderosos patrocinadores. Si así no fuera, ¿cómo se podría informar al pueblo católico de lo ocurrido en la iglesia de Zamora? Yo quisiera hablar al pueblo, y con el lenguaje del pueblo, con el lenguaje del Evangelio, que es el lenguaje más hermoso, más sublime, más popular. La verdad es tan hermosa y tan brillante que sería insensatez quererla revestir con nuestro amañado y enmarañado y absurdo ropaje.

Es corriente hablar en los asuntos y problemas eclesiales, de *ultras; ultraderechas y ultraizquierdas*. ¡Como si en la Iglesia cupiera esa división!

En los temas de la Iglesia no hay más que verdad o falsedad. Subrayemos: VERDAD O FALSEDAD.

En la falsedad cabe una gama grande: equivocación, error, mentira, calumnia, herejía...

En la VERDAD *no cabe más que la Verdad*. No caben los ultra ni los mini. Es el radicalismo de Cristo: el que no está conmigo está contra Mí.

A la defensa de la verdad podemos poner muchos calificativos: poética o prosaica, templada o vehemente, razonada o categórica..., pero jamás se la puede llamar *ultraderecha*. La verdad no es divisible: ES o NO ES. Lo defendido por la Iglesia (no lo opinable) en Dogma y Moral no admite sino el SI *o el* NO. Con la Iglesia o contra la Iglesia. El SI es total, absoluto. Ya suele decirse: la mitad de la verdad es la más grande de las mentiras.

Y esto es lo que más suele abundar: por contemporizar, por no enfrentarnos, por cobardía, por ganar amigos, por el arribismo de los incapacitados para subir..., lo mejor es dar una mano a los contrincantes, *dar la mano a cada uno de los contrincantes*; ignorando aquél: no podéis servir a dos señores. ¡Amigos de todos!

¿Qué hace, por ejemplo, el periódico (de los de más tirada). Y que se precia de católico ciento por ciento? Pues nadar entre dos aguas: cuando la Monarquía era monárquico; con la Dictadura fue dictatorial; con la República, republicano, y ahora... lleva distinto nombre, pero con la misma ideología; por tanto, cuando ve que una institución se tambalea ya está agarrándose al otro poste. Es un ejemplo.

Lo que nos interesa aclarar —en diálogo— es que HOY, con mayúsculas, signos de los tiempos, no podemos, no debemos hablar de ULTRAS *de derechas o de izquierdas*, sino de IGLESIA CATOLICA e IGLESIA NUEVA. Así nos entenderíamos mejor y eliminaríamos toda disputa y falta de caridad. Es muy probable que la IGLESIA NUEVA con tanto carisma y profetismo satisfaga a medio mundo. Por de pronto, es más humana, más cómoda, más natural.

Lo que no concibo es el empeño en fundarse sobre las ruinas de la Iglesia católica. Déjese en paz a la Iglesia católica y fórmese la NUEVA IGLESIA natural, cómoda, sin infierno y sin santos de oración y de vida abnegada; yo les profetizo que se extenderá como fuego en un monte seco en verano y con viento.

Nosotros respetaremos la Iglesia Nueva, pero que no se empeñe en levantarse en el solar de la Iglesia católica; porque eso no se lo permitiremos, y tenemos la promesa de que las puertas del infierno no prevalecerán.

La Iglesia católica ha tenido y tiene una cabeza visible, que es el Papa, y ése es nuestro Maestro. Si hay sacerdotes y obispos que no están conformes con esa Cabeza y sus enseñanzas, que formen la otra Iglesia, la Nueva Iglesia. Es mucho y vano empeño querer destruir ahora el Vaticano y todas las catedrales y colegiatas... ¡porque son TRIUNFALISTAS! La Iglesia católica se convertiría en un monstruo si tuviera mil cabezas.

Por tanto, tiene que ser norma para la Iglesia católica lo que dice y lo que hace el Papa. El Papa no ha quitado imágenes de la Virgen, pues no las quitemos nosotros; el Papa nos recomienda que sigamos fomentando el culto a la Virgen y con las devociones tradicionales, pues fomentemos ese culto tradicional a la Virgen.

El Papa nos dice cómo, dónde y cuándo se debe celebrar la Santa Misa, obremos como él lo hace y lo dice. No puedo, no debo hacer lo que me da la gana.

Se me dice en la Conferencia Episcopal que la costumbre en España ha sido el comulgar de *rodillas*..., no obliguemos al pueblo a que comulgue de pie sin causa justificada. Se nos manda que la Comunión se dé en la boca y no en la mano, luego no debo darla en la mano.

Se nos dice que la administración de los sacramentos se haga con sotana, luego los sacerdotes debemos ponernos la SOTANA *para decir Misa, dar la Sagrada Comunión, confesar*. Se nos dice que el traje clerical es la sotana o el clergyman de circunstancias, luego jamás debo estar sin la sotana o el «clergyman» éste con alguna razón justificante; pero en modo alguno totalmente secularizado. Esto es pertenecer a la Iglesia católica. La Nueva Iglesia prefiere no llevar distintivos. No los necesita. Hace bien. Y no quiero terminar sin recalcar: el gran distintivo de la Iglesia católica es la VIRGEN. SIN LA VIRGEN NO HAY CRISTO, Y SIN CRISTO NO HAY REDENCION.

Por eso dijo el Concilio Vaticano II: la Virgen, después de Cristo, ocupa en la Iglesia el lugar más alto, y a la vez el más próximo a nosotros, y lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomente. «Este culto, tal como existió siempre en la Iglesia, aunque se distingue esencialmente del culto de adoración, lo favorece eficazmente..., y contribuye a que Cristo sea mejor conocido, amado, glorificado, y que a la vez sean mejor cumplidos sus Mandamientos.»

Esto ya no lo dice el Papa solo, sino todos los obispos reunidos en el Concilio. Luego debemos seguir dando culto a la Virgen *tal como ha existido y se la ha dado siempre; no teniendo que suprimir procesiones, hermandades, asociaciones piadosas, etc.*

Ya se nos ha dicho con plena autoridad: «No tengáis miedo en caer en el pecado de mariolatría, porque no podremos honrarla ni como nosotros necesitamos ni como Ella se merece. No se nos ocurra poner luz roja al paso de la Virgen ni por nuestras calles, aunque sean ciudades muy grandes, ni por nuestras casas, ni por nuestros corazones. Que el Santo Rosario vuelva a rezarse para que se repita el triunfo contra los albigenses y en Lepanto. Respetemos, pero no nos unamos a los desgraciados de la Iglesia Nueva. Seamos fieles a la Iglesia católica, que las puertas del infierno no prevalecerán.

¿ESTAMOS O NO ESTAMOS EN PLENA HEREJIA?

Por PETRUS, SACERDOS CHRISTI

DOCTRINA DE LUTERO: «LA UNICA BASE DE LA FE ES LA SAGRADA ESCRITURA.»

DOCTRINA DE LA IGLESIA: «SIN LA TRADICION, JUDAICA O CRISTIANA, NO ES POSIBLE DETERMINAR NI SIQUIERA SI UN LIBRO ES REVELADO O APOCRIFO.»

Se trata, como es natural, de las tradiciones divinas, llamadas también apostólicas, por haberlas recibido de los apóstoles, respecto al Nuevo Testamento, y no se incluyen las tradiciones puramente humanas. A estas últimas alude aquella frase de Jesús (Math. XV, 2): «¿Por qué vosotros quebrantáis los mandamientos de Dios en beneficio de vuestra tradición?»

Es la discrepancia sobre este punto básico una de las diferencias básicas que más separan a católicos y protestantes. La propaganda de la doctrina revelada se hizo a base de la predicación apostólica y *no por la lectura*. No significa esto que siempre se transmitiese y llegase *hasta nuestros días* sólo de palabra. Cristalizó en instituciones, en testimonios escritos por contemporáneos, sabios y santos de los apóstoles y reiterados por otros que testifican asimismo la permanencia de enseñanzas y costumbres *en toda la Iglesia*. Porque únicamente la tradición aclara cuáles sean las fuentes escritas reveladas por Dios, de qué forma fue interpretado algún punto de la Revelación que haya sido combatido por los herejes de cualquier época y de qué forma ha cristalizado en las costumbres. Sin la Tradición, ni aún del Antiguo Testamento, cuando el pueblo escogido estaba formando su «canon» o lista de libros inspirados, separándoles de los «falsos profetas», que también existían. No podríamos saber ahora cuáles proceden de Dios y cuáles son fruto de la malicia humana. Y lo mismo podemos decir del Nuevo Testamento. Y lo afirma también un autor célebre, protestante, llamado Beausobre, en su libro «Historia del maniqueísmo», tomo I, pág. 441: «Para discernir si un libro era apócrifo, los padres compararon su doctrina con la que los apóstoles les habían predicado *en todas las iglesias*.» Y añade: «La tradición, cuando está bien comprobada, es una prueba sólida de la certeza de los hechos y de la doctrina»... «Los padres pudieron saber ciertamente *cuáles eran los libros dados a las Iglesias* por los apóstoles y por los varones apostólicos desde el principio.»

Contra lo que dicen los protestantes, la Sagrada Escritura no es fácil de entender por lectura directa. Pero se pone al alcance de todos por la predicación sencilla. Y no sólo el Antiguo Testamento, cuyas dificultades aparecen a primera vista. También en el Nuevo. Y así pocas serán las herejías que no hayan buscado apoyo en la palabra de Dios. ¡Incluso el demonio la utilizó para tentar a Jesús! Por no admitir la Tradición y la legítima interpretación de los puntos que puedan provocar conflictos, entre los fieles, por parte del Magisterio infalible, se dividieron los protestantes en innumerables sectas. Y por la misma razón, y por no admitir las enseñanzas del Magisterio pontificio, ni siquiera cuando el Papa habla como Jefe Supremo de la Iglesia, aunque sean pocos en número, pero ensordecedores por el ruido que arman, han llegado más lejos que los protestantes: sus grupos han llegado a la atomización.

Tengo a la vista un artículo precioso debido a la pluma de una escritora que en la defensa de nuestra Santa Iglesia, que está siendo tan atacada por hijos que debieran ser los primeros en defenderla y que, siendo escandalosos y pecadores, llaman «pecadora» a su Madre. Por resumir maravillosamente dicho artículo los ataques a la tradición católica, me limito a transcribirlo previos los prenotantes que anteceden. Se trata de la señorita Gloria Riestra, que por su ilustrado espíritu apostólico empieza a hacerse célebre. Está tomado de «El Occidental», de Guadalajara (Méjico), día 6 de octubre del pasado año. No teníamos noticias de él debido a la excelente información «católica» de tantas revistas y periódicos «católicos», que no tienen espacio para doctrinas y hechos de *tan poca monta*.

Dice así: «Es DOCTRINA INMUTABLE de la Iglesia que las *dos* grandes fuentes de la Revelación divina son: la *Cagrada Escritura* y la *Tradición*. Por Tradición entendemos no sólo las tradiciones *orales* que hemos recibido, sino también el Magisterio de la Iglesia, que recoge y mantiene viva la tradición católica.»

La tradición católica está siendo destruida de un tiempo para acá. HECHO comprobado de que la tradición se destruye, acompañada de la afirmación del intento de «defenderla». Porque, como decimos, es obvio, es innegable, que la Tradición católica está siendo destruida, y esto precisamente en algunas de sus bases más firmes; de tal modo que su destrucción está propiciando verdaderamente otro culto, otra disciplina y facilitando la introducción de otras doctrinas.»

«Ante la promesa de defender la tradición que se nos hace, nos preguntamos, con gran dolor: *¿Qué tradiciones nos han dejado*? Tradición grandiosa e imponderable era la misa de San Pío V y del Concilio de Trento, que en sus partes principales databa del siglo IV (más aún, de tradición apostólica). Por ello, y con toda razón, ha sido y es llamada «LA MISA CATOLICA». Pero ahora ha sido pobremente sustituida.»

«Tradición era la *posición* del sacerdote en la misa de cara a Dios, lo cual tenía un sentido teológico y no vuelto hacia el pueblo, como «presidente» de la «asamblea», como ahora está. Tradición era el Sagrario, *unido al altar*, simbolizando la unión de la Víctima y el Sacrificio; y ahora se ha separado. Tradición era la lengua sagrada, el latín en la liturgia, a pesar de que la defendió y la sostuvo para el culto el Vaticano II; pero ha sido eliminada. Tradición y doctrina explícita es que *sólo el sacerdote* pudiera tocar la Hostia consagrada, que hoy anda en manos de cualquiera. (¿Qué significación tendrá ahora el «besamanos» del sacerdote en la primera misa, bodas de plata y bodas de oro, porque eran manos consagradas?) Tradición igualmente de siglos que el diaconado fuera el presacerdocio, *ejercido por célibes* y hoy se dé también a los casados. Tradición asimismo de la Iglesia latina recibir la sagrada comunión *de rodillas* en señal de *reverencia y adoración* a Cristo Sacramentado; pero hoy se comulga *de pie*. Tradición, hasta nuestros días, que el sacerdote colocara la Hostia sobre los labios del comulgante, y hoy se ha autorizado la irreverente (¿no será sacrílega?) permisión o *silenciosa* tolerancia de recibir la Hostia *en la mano*. La excusa no puede ser más banal: para que el comulgante *no tenga que depender* del sacerdote. Tradición apostólica era que las mujeres callasen y se cubriesen la cabeza en la iglesia; mas ahora no sólo hablan, sino que dan la comunión. Otra tradición es que el «presbiterio» fuese un sitio sagrado, reservado al sacerdote y auxiliares en los oficios sagrados; mas hoy pueden subir y bajar, en virtud de nuevas disposiciones, hombres y mujeres. Tradición y doctrina, celosamente observada, sin interrupción durante casi dos mil años, que no pudiesen comulgar *los herejes*, mucho menos sin previa adjuración y confesión. Todo se lo llevó el vendaval. Muchos son los casos públicos y escandalosos en que comulgan sin conversión y sin confesión, atropellando *Concilios dogmáticos*. Tradición desde los apóstoles es que el lugar del Sacrificio de la Misa fuese llamado ALTAR y no MESA, y que tuviese forma de tal. Tradición inmemorial que los ornamentos fuesen negros el día de Viernes Santo, por luto universal, por la muerte del Redentor; actualmente, rojos, como de simple mártir. Podríamos seguir con otras cuestiones. Por ello, en vez de proseguir nos limitamos a hacer esta pregunta: ¿Qué tradiciones nos han dejado? Quisiéramos saberlo. Mucha gente cree que se está volviendo loca ante las EVIDENCIAS, pero mucho más *ante las contradicciones*, como la promesa de *defender la Tradición*, cuando no pasa día que no amanezca con la novedad de que continúan las desapariciones en importantísimos puntos. No podemos omitir tampoco la tradición de la elección de los obispos, aun respetando los concordatos, por la Suprema Autoridad. Pero ahora, gracias a una democracia que se presta a toda clase de manipulaciones por participación de monjas, de seglares, digamos, *teledirigidos*, va a convertirse en un zafarrancho de combate. La Iglesia estaba totalmente libre de estas politiquerías, enredos y manejos turbios, pero los inventores de las «presiones» quieren volver a los felices tiempos de las «investiduras»...

Creemos que, con lo reproducido, hay bastante y de sobra. Y que no es hora de simples lamentaciones.

FIDELIDAD A LA SANTA IGLESIA

Por Concepción Oria de la Lastra

Sepamos hermanos, ¡Hijos de la Iglesia!,
que ESTA NO CAMBIA
NI PUEDE CAMBIAR...
Los Dogmas que UN DIA FUERON REVELADOS
no han sido PRODUCTO DE LA MENTE HUMANA,
por eso NO PUEDEN LOS NUEVOS PROFETAS
VENIR A ENSEÑAR...
Vivamos ALERTA los fieles cristianos
para defendernos de tan grande mal
como nos acecha AL POBRE REBAÑO
que dócil y humilde ante SUS PASTORES
puede CONFUNDIRSE, al JUZGAR POR BUENO
LO QUE ALGUNOS MANDAN por su autoridad...
Seamos sumisos a la Jerarquía,
SIEMPRE QUE ESTA SEA nuestra GUIA y Luz,
pero RECHACEMOS con santa energía
a los que amparados en su ministerio
propalan errores... en sus homilías
que a muchos conducen a la apostasía
(socavan su fe).
¡Seamos valientes! No nos hermanemos con la CO-
[BARDIA,
pues no estamos solos, la Virgen María será nuestra guía
en esta batalla contra el enemigo... que Ella YA VENCIO.

EL ENIGMATICO DON EMILIO Y LOS BENDITOS ULTRAS

Por SAMANIEGO

Nos sugiere estas reflexiones el director de «Pueblo» en una de sus salidas a los de la oposición, dividida certeramente en dos grupos: los vencidos del 36 y muchos vencedores, pasados ideológicamente al primer grupo. Por tanto, no puede tratarse de una oposición cualquiera, sino de oposición —subversión— declarada al Régimen, lógicamente con propósito de derrocarle. Si no, ¿para qué esa oposición *conjunta*? Sí, se trata del Régimen. Eso de SISTEMA es eufemismo puro.

Pero nada tiene que hacer esa doble oposición ¿Cuál su porvenir político, según Romero, ante los espectaculares logros —*barreras colosales*— del Régimen, que lo enraizan y fortifican? Pero de su artículo del 12 de junio, a propósito del acontecimiento (presidente del Consejo y nuevo gabinete), resulta que la oposición es amplísima, decidida y cualificada, y, por lo mismo, seriamente preocupante. «Los perdedores», como se les llama, ante la nueva situación son infinitos. Vean si no: «La oposición (de dentro del *sistema* (?) y fuera); la subversión; la democracia cristiana en todas sus formas; el extremismo de todos los signos; los tecnócratas de una sola cuerda, y aquellos que aspiraban a representar el Movimiento fuera del Movimiento o desde otro lugar del Movimiento.»

Todos, naturalmente, contra el *sistema*; es decir, contra el Régimen, porque aunque ampliado, lo dicho sólo es repetición de lo recogido en el primer párrafo de este nuestro escrito. ¿Entonces, quiénes quedan con el Régimen? Romero y sus epígonos... ¿Cuántos y quiénes serán? Habrá que sospechar que muy pocos, si descontamos los muchos españoles que no entienden ni se preocupan de nada, ni de Romero, un desconocido para ellos; sólo aspiran, por instinto, a ser gobernador en orden y paz; pero que también por fino instinto en caso extremo no seguirían a don Emilio como a líder pintiparado, sino a otros. ¿Cuál, pues, el porvenir político de don Emilio ante tanta oposición, no obstante los logros del Régimen? Incierto y precario, por lo que le aconsejamos no ser incisivo divagador, sino que seria y concretamente se defina él desde la privilegiada cota que ha alcanzado.

¡Vaya artículo del día 12! Página entera de letra menuda y apretada. ¿Y qué dicen, excluidas las últimas cuatro, las líneas donde se enumeran los perdedores? Nada. A mi entender, sólo cacarear, como lo haría el gallo, ufano y arrogante, que preside la página. Mucho incienso, mucha vaguedad, hacer que dice, pero en fin de cuentas nada entre dos platos. *Multa* (muchas cosas), pero no *multum* (mucho), siendo así que el lema de todo orador o publicista ha de ser al reves.

Puesto que él —don Emilio— *está* en el Movimiento (y hay que suponer que también es del Movimiento), y que está precisamente en el punto exacto y céntrico del Movimiento, en su médula y esencia, cuando hay tantos que pretenden representarlo sin ser del Movimiento o, si lo son, están en la periferia, lejos del núcleo genuino; supuesto todo eso, querríamos que don Emilio nos diese una definición del Movimiento para saber centrarnos. Pero no se le olvide —si estudió lógica y dialéctica— lo que es una definición, lo difícil que es hacerla. Pero no habrá dificultad para un hombre inteligente que domine la materia. En este caso hay que situar a don Emilio.

Querríamos saber qué es don Emilio. Yo por lo menos no lo sé. ¡Y cuidado que hace tiempo que le vengo siguiendo! No sé si es carne o pescado, monárquico o republicano; si no es extremista, si es de centro, izquierda o derecha. Y como puede haber relativismo y ser varios los ángulos de observación, ¿no será también extremista con relación a otros extremistas? ¿Quién estará en el verdadero centro? No sé si es pro o antirrégimen, demócrata o dictador, si de la «zona republicana», como la llama, o de la nacional; si religioso y católico (convencido y practicante o no), o totalmente indiferente en la materia; si «está conmigo, y si no, contra mí», que dijo el Maestro sin pelos en la lengua, cayese quien cayese; si pluralista convencido o excluyente, etcétera.

Y yo me inquieto y me siento sumergido en confusión cuando a un hombre que no sé quién es (y como yo tantos y tantos) le veo metido en Cortes, Consejo del Movimiento y no sé si también Consejo del Reino, con la etiqueta de un Movimiento, o en un punto de ese Movimiento que vaya usted a saber si para prohombre es el auténtico o el adulterado. Yo creo ser del Movimiento, pero hasta que no me lo defina don Emilio, la cabeza me dará vueltas.

¡Y qué triste sino el de los «ultraderecha», «perdedores»! ¿No fueron ultras los Tercios de Requetés y las Banderas Falangistas, los que el 18 de julio no se quedaron atrás sino en vanguardia, derrochando heroísmo hasta quedar en cuadro y pulverizados? ¿No contaban con ellos los organizadores del Alzamiento para lanzarse con fe a la victoria? Y si un día, por uno de esos tumbos bruscos que a su tiempo da la Historia, volviéramos a las andadas (¿por qué creerlo tan hipotético, si es tan amplia y fuerte la oposición, tan honda la división?), ¿con quién habría que contar forzosamente para salvar las «aras y los lares», la Religión y la Patria? Con los «extremistas». Y mucho reírse de ellos, mucho mofarlos, ¡y pensar que en ellos fía don Emilio su porvenir político! Porque, no nos engañemos, el «follón» se armaría entre extremistas, CENTRO de atracción y convocatoria no entre los del centro que hoy vemos, ni entre los del Movimiento de Romero. ¡Y a cuántos veríamos a la espera del sol que habría de calentar al fin de la contienda! Porque cuando se restableciese la situación por obra y pecho de los *ultra* hoy más desdeñados, volveríamos a empezar: centros, democracias —cristianas o laicas—, subversión, etc., sin que los que sacaran las castañas del fuego las cataran ni participaran de la tarta. ¡Triste sino! Mejor dicho, gloria inmarcesible, darlo todo sin que se les conceda nada; estar siempre PRESENTES cuantas veces lo exija la Historia. ¡Benditos ultras!, de los que en España habrá siempre buena reserva, soportando estoicamente, cristianamente, las befas y marginamientos mientras dura el banquete bien regado. ¿Puede haber mayor gloria que contar con ellos, prontos e incondicionales, para lavar y componer los platos sucios y rotos?

UNA PUERTA ABIERTA Y OTRAS COSAS

Por SILVERIO ESPADA

Realmente, los designios de Dios son impenetrables e incomprensibles. Sólo El conoce sus propios misterios, que precisamente por ser tales al hombre no le es dado conocerlos y desentrañarlos. Unicamente los santos se acercan, se aproximan, podríamos decir que intuyen el misterio, mas se quedan en sus mismos umbrales. No pueden avanzar hacia el interior...

Decimos todo esto en razón de que el pueblo llano de Dios no podía pensar, cuando fue convocado el Concilio Vaticano II, que después del mismo podía producirse la actual catástrofe. Pudo pensar que de una cosa que de por sí era santa —el «santo sínodo», se le llamó entre otras cosas a la asamblea ecuménica— no podría salir nada malo, y, en efecto, así tenía que ser. Pero nunca tal vez pudo considerarse que esa misma cosa buena y santa pudiera ser motivo de los males que afligen a la Iglesia en la hora actual. He aquí los insondables misterios, cuya íntima razón sólo de Dios es conocida.

Por eso hemos comenzado este trabajo hablando del «misterio»; por eso hemos dicho también que únicamente los santos logran acercarse hasta el primer límite o frontera del mismo, si bien no les es dado avanzar un solo milímetro hacia su pura esencia y naturaleza. Así, el Santo Padre Pío XII, que era sin duda un Papa santo, tuvo intuición de lo que existía y bullía en algunos estratos eclesiales, y aunque pasó por su mente la idea de la convocatoria de un Concilio ecuménico —hay de ello constancia—, reflexionó muy a fondo, sopesó los ambientes, auscultó las ideas y luego decidió desistir del propósito. No obstante, comenzó una renovación o puesta al día de aquellas cosas que lo necesitaban, a base de una gran prudencia y sin alocadas precipitaciones. Con Pío XII se instauraron las misas vespertinas, la mitigación del ayuno eucarístico, el rito más adaptado de la Semana Santa... Pero todo ello, «ad experimentum», con cautela, con tacto, pulsando y constatando las innovaciones, las reformas... Así no podía darse un paso en falso, no podía producirse ninguna tensión, como las que actualmente padecemos. La Iglesia, en lo que tiene de humano y disciplinar, iba renovándose lenta, pero eficazmente, y pensamos que de haber vivido Pío XII unos pocos años más, todo se hubiera puesto al día sin producirse la menor tirantez ni la menor tensión.

Pero murió Pío XII, y las aguas enemigas, valga la metáfora, se desbordaron. Los contestatarios, los desviados, los «profetas», los resentidos, etc., respiraron libremente, y al socaire de la extrema bondad de otro Papa, Juan XXIII, que tal vez no llegó a aspirar el hedor que de ciertos sectores eclesiales se desprendía, se dispusieron a hacer «su agosto». El nuevo Pontífice tuvo a bien convocar un concilio ecuménico, que fue la ocasión soñada para hacer aflorar a la superficie las ideas tumultuosas que yacían en el fondo del estanque o que sobrenadaban entre dos aguas. He aquí otro misterio insondable de los divinos designios, cuya esencia sólo conoce Dios, decimos una vez más.

● Por Roma circulaba no hace mucho cierto cuentecillo... Decíase que cierto día, paseando Pío XII por las dependencias del palacio vaticano, tropezó con una puerta cerrada. ¿Qué podía haber al otro lado de esa puerta?, se preguntó el Papa. Y aunque la curiosidad le acuciaba un tanto, pasó de largo y dejó sin abrir y tal como estaba la puerta en cuestión. Algún tiempo después, en los primeros tiempos de su pontificado, pasó ante la misma puerta Juan XXIII, y sin más pensarlo corrió los cerrojos y la puerta se abrió de par en par. Años más tarde, el Papa Paulo VI, que ocupaba a la sazón la Silla de San Pedro, pasó por delante de la misma puerta y quiso cerrarla, incluso herméticamente, porque a través de ella se observaba un desbarajuste considerable y hasta se percibía cierto olor nauseabundo, cierto humo luciferiano... Pero hasta el momento actual no le ha sido posible a Paulo VI cerrar aquella puerta que encontró y dejó cerrada su antecesor Pío XII. Tal vez los obstáculos se han acumulado de tal modo delante de la puerta que apartarlos a un lado cuesta mucho trabajo... ¡Otro gran misterio de la Divina Providencia, impenetrable como todos los demás!...

Pero la puerta de marras se cerrará algún día. Lo logrará por fin Paulo VI o un sucesor suyo. El Pontificado Romano no muere. Y Jesucristo Nuestro Señor dará fuerzas a un Vicario suyo, sea el que fuere, para que la puerta quede clausurada, y ello de tal forma que ni aun el humo de Satanás pueda penetrar por las rendijas.

DICHOS Y HECHOS

Por Teodosio DEL VALLE

Un querido amigo me ha remitido el número del diario madrileño que ha obtenido una entrevista con el Nuncio de S. S. en España, y a su vista vuelvo a faltar a mi propósito de inhibición durante el verano en las páginas de nuestro querido semanario. «Charitas Dei urget nos.» Siento una fuerza interior en mí, como español y como cristiano, que no me deja callar, cuando la verdad me exige hablar. Algo parecido le ocurría a San Pablo, de quien se ha dicho con justeza que si viviera en nuestro siglo sería periodista. Procuraré seguir las enseñanzas del Nuncio sobre la «crítica sana, sin odio, sin desprecio, con amor». Juzgo que mis comentarios críticos eclesiales han seguido siempre esa línea de respeto a todos, aunque en algunas ocasiones nos juzguen de diversa manera los «documentados», tachándonos de «irresponsables e indocumentados».

Y sean mis primeras palabras de respeto a la jerarquía eclesial y diplomática de monsignore Dadaglio. Cuando Unciti escribió contra la persistencia de representantes diplomáticos después del Concilio, sumándose a ciertas voces que se oyeron en las sesiones conciliares, ¿QUE PASA? salió a su defensa, como tantas otras veces, a pesar de las injurias que nos lanzan de ser desobedientes a la jerarquía los que precisamente se honran con el dictado de «contestatarios», eufemismo verbal que encierra protesta y disconformidad en lo dogmático, en lo moral y en lo disciplinar. Pero «vale más caer en gracia que ser gracioso». Ellos son mimados por sus ofendidos y nosotros repudiados por nuestros defendidos. Allá cada uno con su conducta.

No somos diplomáticos, sino sencillos carpetobetónicos, hijos fieles de la Iglesia, que repetimos las palabras de la Biblia: «Zelus domus tuae comedit nos». Y no podemos menos de lamentar en romance sencillo que el señor Nuncio, al contestar a la pregunta «sobre sacerdotes que alguna vez han utilizado armas y violencia», responde: «Mire, a mí no me gusta referirme a casos concretos. ¿Es verdad que existen quienes pasan esos límites? ¿Tendrán alguna justificación para hacer esto? Me limito a preguntar. Porque quizá haya situaciones, condiciones locales que puedan explicar y justificar ciertas actitudes o cuando menos atenuarlas. En el supuesto que haya casos que pasen esos límites, lo lamento.»

Señor Nuncio, el periodista no sólo habla de «supuestos desmanes», sino de «hechos reales» y conocidos por usted. Dice textualmente: «Usted conoce casos de eclesiásticos que traspasan esos límites. Sacerdotes que alguna vez han utilizado armas y violencia...» Y usted los relega a meros «supuestos» no comprobados. Más aún; los llega a *justificar o atenuar* en la hipótesis de su existencia, «por las situaciones o condiciones locales», en vez de negar el conocimiento de los mismos o, en su caso, reprobarlos dignamente.

Por eso, permítanos expresar nuestra extrañeza al leer su contestación rápida, sincera, condenatoria, aunque menos diplomática, a la pregunta sobre los intitulados «guerrilleros de Cristo Rey». Si «sus métodos no son cristianos», ¿lo serán los que pintan a Jesús de «guerrillero marxista» con un fusil al brazo en vez de su Corazón abierto hablando de amor o crucificado con el emblema de la hoz y el martillo en vez del INRI cristiano? ¿Los que se llevan al extranjero en un maletín el importe de un atraco al Banco con armas en la mano? Refrescamos estos casos por mor de amnesia involuntaria; pero sin odio. Con mucha pena y conmiseración. No pertenecemos a ese grupo; pero sí declaramos que si «la violencia engendra violencia», la responsabilidad es de aquellos que han dado origen a su existencia y actuación, que nunca ha presentado caracteres tan de consecuencias fatales y sangrientas como las de los primeros.

● Con esta introducción sincera nos adentramos en el fondo de las declaraciones al periodista. Este se muestra todo sorprendido ante la persona del Nuncio, cuyos «ojos eran como amorosos estiletes florentinos» (perdón, don Pedro, la fama de los estiletes florentinos nada tenían de «amorosos») y sobre todo ante la magnificencia del palacio de la Nunciatura, digno regalo español al representante del Papa, con «sus hermosas caobas y hermosos tapizados de raso» «y hasta el viento, fatigado de atravesar Madrid, sólo osaba susurrar en las hermosas ventanas como un beso de Pallestrina de la hermosa fortaleza de piedra y de cristal».

A poco de su inauguración, contaron esta anécdota: Un obispo español, en visita de felicitación, dijo al Nuncio de entonces, con sonrisa en los labios y augurio fausto en las palabras sobre la pronta creación de cardenal: «Hasta dentro de poco, señor Nuncio; que vengamos a felicitarle por su dignidad cardenalicia.» «Señor obispo, mucho le agradezco sus votos; pero déjeme un poco tiempo para disfrutar del confort de esta mansión.» Comprendemos el sano deseo expresado por el entonces representantes del Papa, pues la comparación entre el género de vida de ambas posiciones no ha lugar. Como igualmente alabamos el buen gusto de los nuncios al imitar a los pocos obispos «aggiornados» que han dejado sus respectivos palacios diocesanos por un confortable y utilitario pisito.

Pone de relieve el Nuncio que es la primera vez que accede a esta conversación periodística «a pesar de haber sido solicitado muchas veces en los seis años en España»... Aquí será la primera vez; pero tenemos entendido que ha concedido por lo menos otra a cierta revista italiana, en la que enjuició, precisamente, la situación de la Iglesia en nuestra Patria.

● El primer tema tocado fue el de la UNIDAD en la Iglesia española, que el periodista titula con el epígrafe de PARABOLA DE LA CONFUSION; que es más propio. «¿Pero está unida la Iglesia española en este momento?» «Yo creo..., creo que sí—contesta vacilante—. Que no haya unanimidad en todo es otra cosa.» En su conversación italiana es tajante: «La Iglesia española está dividida en dos facciones opuestas.» Esta división o disconformidad eclesial, que el Nuncio a renglón seguido quiere justificar con el ejemplo de las dos tendencias Vaticano II, o con el modo de pensar de los arquitectos en la construcción o reforma de un templo, es el conflicto básico, irreductible que atenaza a la comunidad católica, por mucho que se le quiera minimizar, y que tantos sobresaltos, coloquios y alocuciones lastimeras ha producido al Romano Pontífice.

A la división doctrinal que produce en todo el mundo la AUTODEMOLICION INTERNA, en frase del Pontífice y que recentísimamente ha dicho textualmente: «La confusión doctrinal y la indisciplina enturbian los rasgos de la Iglesia», se añade en España otra división socio-política, a la que se refirió Dadaglio en Italia: «Un sector eclesial es defensor del Régimen; el otro le ataca sañudamente.» Vamos a detenernos en su estudio por separado.

En el Vaticano II el sector progresista quedó encasillado en las resoluciones conciliares y en las palabras terminantes del Papa en el Concilio y mucho más claramente en años sucesivos. El Sínodo Episcopal del 71, los decretos y amonestaciones de las Congregaciones Romanas, sobre todo en los referentes a pastoral y liturgia, a la fe y a la moral, han remachado el clavo de la MODERACION, mal digerida por los «aperturistas avanzados», cuya estrella va perdiendo fulgor y visibilidad, retorciéndose en subterfugios, ambigüedades y silencios denunciadores. El paralelo progresista ha pasado de Holanda, Bélgica, parte de Alemania y de Francia a la piel de toro de la península Ibérica, dadas ciertas circunstancias favorables que, si lo creemos oportuno, mencionaremos después. En Roma se ha advertido el trastrueque, pero se confía superarlo, habida cuenta la tradicional sumisión española a la Santa Sede. Lo dicen de consuno ciertos prelados que ahora recomiendan mucho la reconciliación, la unidad, la comprensión, el «centro» equidistante de los «extremos», y el Nuncio en su respuesta: «El cambio está realizándose, yo casi diría que demasiado de prisa. «Veloces tardos spectate (S. Agustín) et pariter ambulate.» Que traduce a ruegos del interlocutor: «¡Oh, vosotros que camináis velozmente, parad y esperad a los que vienen despacio y caminad juntos!»

A la intencionada pregunta del periodista: «¿Ahora mismo necesitaríamos un 'cardenal Süenens' en España?» Contesta: «En... Bien... Cada tierra da sus frutos. España ha dado muchos hombres gloriosos a la Iglesia y a la cultura. Creo que no necesita llamar de prestado fuera.» A estas palabras diplomáticas, añadimos nosotros por nuestra cuenta. ¿Para qué llamar desde fuera lo que ya tenemos dentro? Que a mi humilde juicio corresponden a las emitidas por Dadaglio.

● Pero si analizamos seriamente muchas conferencias pastorales en varias diócesis, cursos de teología que han terminado en discusiones violentas, misales litúrgicos cuyas frases anfibológicas han merecido la repulsa episcopal, libros editados contra la voluntad del superior eclesiástico porque erosionan el dogma y la disciplina religiosa, pero que se venden en librerías religiosas y se alaban en revistas y diarios católicos; si se sigue una pastoral de renovación, que mereció el dictado de PASTORAL SUICIDA por el mesurado «Iglesia-Mundo», «el follón, la confusión (son palabras del Nuncio) crean «un problema muy serio, muy profundo que no se puede, yo no puedo, despachar en dos palabras».

El problema tiene raíces muy profundas, que al hacerse leñosas, absorben bien el agua vivificadora, y el árbol o se seca o lleva una vida raquítica. Dadaglio tiene que conocer la anemia perniciosa que aqueja a España en lo religioso; no lo vamos a repetir una vez más, porque es baldía la denuncia. Hay ramificaciones muy diversas que ojalá la política vaticana conozca y tome las medidas radicales y urgentes necesarias, aún a costa de variaciones en otros terrenos que urgen y cuesta, por lo visto, mucho que adoptar. No sólo en Holanda hay que rectificar para prevenir el peligro doctrinal y disciplinar. El Papa, que «está muy bien enterado de lo que ocurre en España», tiene la palabra ante la secularización sacerdotal, el libertinaje en las costumbres, la indisciplina litúrgica, los plantes sacerdotales, la falta de vocaciones sacerdotales y religiosas, la irreligiosidad creciente, la desaparición del apostolado laico no-político; en fin, «que se irrespete al jerarca como persona y como obispo». ¿Se debe cambiar de rumbo en la RENOVACION eclesial o se debe proseguir el usado de unos años a esta fecha? A los fieles sólo nos toca pedir a Dios que ilumine a la jerarquía para tornar al esplendor y fervor cristiano que tuvo España no sólo en el Siglo de Oro, sino en época muy reciente, mal que les pese a los denigradores de nuestra historia. *(Continuaremos.)*

"Una devoción para los últimos siglos"

Por M. M. E.

Santa Margarita María está firmemente persuadida de que, con la manifestación del Corazón de Jesús al mundo por medio de ella, «indigna esclava», comienzan los últimos tiempos de la historia, «los últimos siglos». Ella media entre el Cielo y Francia, entre el Corazón divino y Luis XIV, infructuosamente, cien años antes de la Revolución Política de 1789. Desde esta fecha la marea revolucionaria, en conjunto, no ha cesado de crecer hasta nuestros días. Sin embargo la devoción salvadora se impondrá plenamente: «*Veo que todas esas pequeñas contradicciones que se oponen a nuestra querida devoción os extrañan y os hacen sufrir mucho, si no me engaño. Y ¿por qué? Creo que ya os han advertido que quien las suscita es Satanás, que anda muy furioso viendo que este medio salvador le ha arrebatado ya muchas almas, y le arrebatará muchas más, por la omnipotencia de Aquél que hará en el tiempo que tiene designado que tan grande oposición se convierta en gloria suya y en confusión del enemigo.*» (Carta 57, p. 304.) «*Yo reinaré, a pesar de mis enemigos y de todos cuantos quieran oponerse*», le dice en julio de 1685.

No parece arcano inexplicable el que Jesucristo eligiera la fiesta del «*atronador*» Juan Evangelista, en 1673, para su primera gran aparición a Margarita, aquella en que la nombra y constituye «discípula muy amada de su Sagrado Corazón»: Juan es el autor del Apocalipsis, el libro escrito para que, en medio de la persecución, los cristianos mantengan la esperanza en el triunfo del Mesías en toda la tierra, tras la caída de la ciudad septícola.

El Apocalipsis es la descripción de la infernal persecución de un poder imperial blasfemo contra los discípulos de Jesús, hasta un supremo confrontamiento, seguido de una maravillosa victoria de Cristo y de su Iglesia. Pero Juan describe este ciclo de persecución-confrontamiento-victoria por dos veces, y no sólo porque éste es su estilo —avanzar en oleadas, aportando en la segunda nuevos datos y profundizaciones—, sino porque realmente se ha de dar en la historia un segundo ciclo completo, que será un *duplicado superante* del primero romano. En cada oleada hay que distinguir lo que dice de la 1.ª y de la 2.ª ciudad septícola. La 1.ª es la Roma pagana. La 2.ª es Moscú; pero aquí las siete cabezas de la Bestia únicamente significan los siete montes, no reyes. Para los reyes de este imperio ha de tomarse la visión de Daniel, cuando habla de un «undécimo cuerno» que se alzará con el poder omnímodo, desbancando a tres con más derechos que él. En 17, 12-14 habla Juan de diez reyes aliados, lo que no puede entenderse del imperio romano; añade que estos reyes no han recibido aún el poder, y cuando lo reciban será para poco tiempo, y tendrán un mismo designio anticristiano con la Bestia: son diez países satélites de Moscú.

El confrontamiento se llama Har-Maguedón y arrastra la caída de «Babilonia». Har-Maguedón es un «sacarse la espina» la Providencia divina por la derrota «teológica» del rey Josías (tipo de Jesús) en Meguido y de Jesús en el Calvario (2 Cr. 35, 20-25); un responder cumplidamente a sus pobres, escandalizados de ver siempre triunfantes a los poderosos inicuos. El Har-Maguedón, que ha sido la victoria milagrosa de Constantino en Puente Milvio (12 octubre 312) es pálida figura de la victoria sobre el 11.º cuerno del imperio moscovita, «entre los mares y la Hermosura» (Dan. 11, 45); hacia el valle del Po, *la vio desde Roma* Ana Cat. Emmerich.

Tras la victoria se despliega «el milenio», que en el ciclo 1.º es «el tiempo de los gentiles» (la era constantiniana) hasta el triunfo de la revolución en 1945; y en el 2.º ciclo es, al menos, el pontificado del Papa «De Gloria Olivae» (el Ungido Glorioso), penúltimo en la lista de los Papas de San Malaquías, y el reinado del Emperador «Germen» de Zacarías 6, 9-15; Papa y Emperador perfectamente concordados. Es ahora la entrada de los judíos en la Iglesia, el realizarse «un solo rebaño bajo un solo Pastor», el período de paz al mundo prometido por la Virgen en Fátima, tras la conversión de Rusia, el reinado del Corazón de Jesús en el mundo y más en España.

En su libro «Legatus Divinae Pietatis» cuenta Santa Gertrudis «la Grande» (1256-1302) una aparición que tuvo de San Juan Evangelista. Ella le preguntó por qué, siendo él evangelista del costado de Jesús, había guardado total silencio sobre el Corazón Divino. El discípulo amado le respondió: «*Mi incumbencia era dejar escrita para la Iglesia naciente una palabra sobre el Verbo Increado de Dios Padre, en torno al cual el conocimiento de la humanidad entera sucesiva puede investigar hasta el fin del mundo sin que nadie llegue jamás a comprenderlo completamente. En cambio, el lenguaje de aquella beatificante palpitación* (la revelación del Corazón de Jesús y su devoción) *debía reservarse* PARA LOS ULTIMOS TIEMPOS, *a fin de que el mundo, envejecido y enfriado en el amor de Dios se calentara al oír tales misterios*». La discípula amada dijo de esta devoción que era «*como una segunda redención amorosa*» incruenta.

El ciclo joanneo: persecución-confrontamiento-victoria-reinado, en la primera oleada, está descrito en los capítulos 6.º al 11. El 6.º y 7.º presentan el «Dramatis Personae». La primera que sale nos fundamenta ya la esperanza en la victoria cierta: es un «hijo del trueno» victorioso de antes y que sale para vencer. Quizá represente al emperador «Germen», el que Santa Brígida de Suecia y otros videntes creen será un español, lugarteniente de Santiago el Mayor. Tres jinetes simbolizan castigos generales. Luego se ven en el cielo las almas de los mártires que piden venganza de su sangre. Sobreviene, por fin, «*el día de la ira del Cordero*» (6, 16). Ve Juan que fueron preservados de la ira 144.000 fieles a Jesús que lucharán y vencerán en Har-Maguedón. Después contemplan triunfantes en el cielo a los que fueron martirizados «*en la gran tribulación*» (7, 14).

Es en el capítulo 8.º, al abrir el Cordero el 7.º sello, cuando empieza a representarse el drama, cortado en siete toques de trompeta. Los cuatro primeros contienen grandes calamidades bélicas y y naturales. El quinto toque es el primer ¡ay!, porque comienza ahora «*la gran tribulación*» (9, 1-12): un demonio descubre la tapadera del infierno y sale un humo que entra en la Iglesia y la llena. Este humo es la confusión de las mentes y corazones, y es tan denso que impide los rayos del sol, que es el magisterio ortodoxo. Hay hombres en la Iglesia que son los responsables de este humo y deberían ser de los marcados con el sello de Dios: son los católicos y aun sacerdotes marxistas, obispos masones, gnósticos teilhardianos, pastores amigos de los lobos, hoministas, enemigos del Estado católico, falsos ecumenistas y demás «Iglesia de las tiniablas», en expresión de la venerable Emmerich. No son consagrados al Corazón de Jesus. Son traidores que viven doble vida y, fingiendo fidelidad a la Iglesia, obedecen a la bestia segunda o pseudoprofeta (13, 11-13), y acabarán entregando la Iglesia a la bestia imperial. Al cabo padecerán terribles tormentos interiores y buscarán la muerte como su maestro Judas. Eran destructores (9, 11). Emmerich les llama «demoledores» de la iglesia de San Pedro de Roma.

Al segundo ¡ay! (6.ª trompeta) irrumpe la inundación de los ejércitos del imperio blasfemo, que pretende dominar la tierra. Es la mayor guerra de la historia, con un tercio de la humanidad de víctimas, y marcadamente anticristiana. El Kremlin se apodera de la Hermosura por cuarenta y dos meses. El discípulo amado recibe el mandato de volver a «tronar», a predicar a todo el mundo (10, 11). Esto harán «los dos testigos» con el espíritu y poder de Juan: predicarán especialmente el Corazón de Jesús. Al cabo de mil doscientos días de ministerio serán martirizados por la Bestia en «Jerusalén», que es Roma católica, la Hermosura, y dejados insepultos. Pero al cuarto día Dios los resucitará y elevará gloriosamente al cielo a vista de todos; al punto un terremoto sacudirá la ciudad como en el Calvario (Mt. 27, 51, y Lc. 23, 48): los enemigos perecerán, «*los restantes darán gloria a Dios*», Roma quedará liberada. (Los judíos inician su conversión).

El tercer ¡ay! (7.ª trompeta) trae la derrota completa «*de todos los que arruinaban la tierra*» (11, 18), la batalla de Har-Maguedón, a los mil doscientos noventa días (según Daniel 12, 11) de aquel en que el 11 cuerno se apoderó de la Hermosura. Pero no describe Juan la batalla; hay que leer Ezequiel 38-39. Ahora comienza el reinado pleno del Corazón de Jesús en la tierra: «*Se abre el templo de Dios, el que está en el cielo*», esto es, se muestra la llaga del costado de Cristo, porque el único templo del cielo es la Humanidad del Verbo, «*y fue vista el Arca de la Alianza en el templo*», es decir, el Corazón, a través de la preciosa llaga (11, 19). También Ezequiel ve, tras la derrota de Gog de Magog, un templo nuevo (40-47), de cuyo lado derecho brotan aguas abundantísimas que transforman en vergel todo el Israel desertizado. (Es sabido que «Longinos» hirió el corazón de Jesús atravesando con la lanza el costado derecho, conforme a la técnica de los infantes romanos). Esta es la «segunda Redención amorosa». El Señor la había prometido: REINARE A PESAR DE SATANAS Y DE TODOS MIS ENEMIGOS.

Desde este 1973, centenario de la primera gran aparición del Corazón de Jesús, oremos, trabajemos y suframos porque los demoledores de la Iglesia y asesinos del alma de España —brazo de la Iglesia—, que aún sean recuperables, dejado el maritenismo y todo error y sofima y toda cobardía, abran los ojos a la entera verdad. Pidámoslo también a Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza y al «atronador» Santiago, el hermano de Juan y el que hizo a España

Nada más apasionante ni más varonil, eficaz y santificante que la devoción plena al Corazón de Jesús. En ella conocemos profundamente a Jesucristo, le devolvemos todo nuestro amor consagrándonos a El, le desagraviamos por tantos pecados, le saciamos su sed de almas, imitamos sus criterios y sentimientos... Se comprende que dijera Pío XI que esta devoción es una síntesis maravillosa de toda la religión cristiana.

¡Sagrado Corazón de Jesús, reina en España!